

Luis Galdames

La educación en Norte América

ANOTACIONES

SUMARIO.—I. LA EXPANCIÓN CULTURAL DE LOS ESTADOS UNIDOS Y EL ESPÍRITU DE SU EDUCACIÓN.—II. LA ESCUELA PRIMARIA Y LA SOCIALIZACIÓN DE SUS FUNCIONES.—III. LA ESCUELA SECUNDARIA: SUS CARACTERÍSTICAS Y EL CONCEPTO DE LA CULTURA GENERAL.—IV. LAS ESCUELAS TÉCNICAS Y LA PREPARACIÓN PARA LAS ACTIVIDADES PRODUCTORAS.—V. EL INTERNADO-HOGAR Y SUS PROYECCIONES SOBRE LA FAMILIA.—VI. LA FORMACIÓN DEL MAGISTERIO Y LAS ASPIRACIONES DE RENOVACIÓN EDUCACIONAL.—VII. EL CAMPO DE ACCIÓN DE LAS UNIVERSIDADES Y LA FINALIDAD SOCIAL DE ELLAS QUE PERSIGUEN.—VIII. EL «COLLEGO» Y LAS ESCUELAS DE GRADUADOS.—IX. LAS FACULTADES Y LAS PROFESIONES SUPERIORES. LAS ESCUELAS DE PERIODISMO.—X. LA PREPONDERANCIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN LOS ESTUDIOS UNIVERSITARIOS.—XI. LA PREPARACIÓN CIENTÍFICA PARA LOS NEGOCIOS EN EL EXTERIOR Y PARA LA CARRERA DIPLOMÁTICA.—XII. LA EXTENSIÓN UNIVERSITARIA Y LA REEDUCACIÓN DEL ADULTO.—XIII. LA VIDA UNIVERSITARIA. EL ALUMNADO Y SU «ALMA MÁTER».—XIV. EL SENTIDO ÉTICO DE LA EDUCACIÓN NORTEAMERICANA.—XV. EL PROBLEMA EDUCACIONAL EN NORTE Y SUD AMÉRICA.

I.

Los sistemas educacionales de Estados Unidos vienen ejerciendo una influencia cada vez más considerable en los países latino-americanos. A medida que la potencia económica de la gran república se dilata, su

penetración cultural se intensifica; y con ella crece el interés por conocer los principios que guían y las bases que sustentan a la robusta civilización que allí se desarrolla.

Multitud de jóvenes y estudiosos de todo el continente frecuentan las Universidades y los Institutos Tecnológicos norteamericanos, para volver a sus hogares plenos de admiración por la ciencia y el espíritu que aquella enseñanza difunde.

No es menor la afluencia de observadores y estudiantes de los demás continentes, incluso Europa. En el pensionado universitario de la International House, en New York, había a principios de este año (1930) jóvenes procedentes de más de cien nacionalidades. (1)

Muchas de las obras escritas por los pensadores norteamericanos circulan traducidas a los principales idiomas; y los nombres de algunos de esos pensadores han llegado a sernos familiares. William James, John Dewey, Franklin Giddings,—para no mencionar más que tres,—no le pertenecen ya a los Estados Unidos solamente, sino al pensamiento universal.

Las circunstancias mencionadas bastarían para explicarse la influencia a que nos acabamos de referir, si otras, de mayor alcance quizás, no contribuyeran también a hacerla efectiva. La educación norteamericana no se distingue, originariamente, de la implantada en los demás países de alta cultura, ni por su contenido, ni por su profundidad. Aventura, en cambio, a cualquiera otra tal vez, por el espíritu realizador que la anima, por la finalidad social que persigue y por el afán de renovarse constantemente. Esos tres rasgos son, a nuestro juicio, los que mejor la caracterizan y los que más contribuyen a proporcionarle su eficacia.

Por donde quiera que se vaya, desde la escuela rural hasta las universidades, lo primero que impresiona es la actividad múltiple de los alumnos, sometidos a una disciplina en que el trabajo individual y libre prevalece sobre el estudio colectivo. Hacer las cosas, aprender a hacerlas por sí mismo, con las propias manos, hasta donde el aula y el tiempo lo permitan, es la preocupación de todos; mucho menos interesa ingerir conocimientos en dosis sucesivas que otros han preparado. Por cierto que desde el edificio escolar hasta su mobiliario, cuanto allí se ve está adaptado para que esa actividad se despliegue con orden y sin tropiezo.

Lo que se hace y se estudia ha de ser, además, algo que se conecte con la vida que bulle alrededor; algo que, por su forma material o por

(1) Fruto de una breve permanencia en los Estados Unidos de Norte América, durante los últimos meses de 1929 y primeros de 1930, son las páginas que siguen, en las que el autor ha resumido sus observaciones, dadas a conocer en conferencias universitarias de Julio y Agosto del año citado y en informes dirigidos a las autoridades educacionales. Su viaje fué hecho por propia iniciativa y a propósito de una comisión que se le confirió para representar a Chile en la asamblea constituyente del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, celebrado en México en Septiembre de 1929.

su fondo espiritual, guarde una relación cualquiera con aspiraciones y necesidades actuales; porque se va a la escuela, al colegio o a la universidad para adquirir un instrumento de poder productor y para ser útil socialmente.

De esas finalidades superiores parece estar impregnada toda la enseñanza; y así se explican la preocupación que uno observa por hallar nuevos métodos o formas docentes y el reajustamiento inacabable a que son sometidas las escuelas de cada localidad. Necesitan corresponder mejor cada día a las exigencias de orden práctico que en la población se hacen sentir.

La educación general se nos presenta de este modo como un organismo dúctil y flexible, apto para acomodarse en cualquier momento a las necesidades de la colectividad que le da vida. Es un organismo que no sólo ejerce una función social sino que actúa, crece y prospera cada vez más socializado, o sea, más penetrado cada vez por el ambiente que le es propio.

Procede, efectivamente, de afuera el impulso creador que nutre y anima el trabajo escolar. La sociedad americana exige a sus individuos un máximo de esfuerzo; y tanto en la ciudad como en el campo, ese esfuerzo se desenvuelve con una potencialidad contagiosa. La sociedad no reconoce derechos al ocio, ni dispensa consideraciones sino al que trabaja productivamente. No importa la naturaleza del trabajo; cualquiera, hasta el más humilde, es honroso, siempre que sea necesario y útil.

La valorización que se concede al trabajo material no implica desdén para el trabajo intelectual, a condición de que éste signifique el empleo de una facultad creadora, es decir, que se resuelva en la producción de algo aprovechable, o bien en la dirección y estímulo para realizaciones futuras.

Eso deprime en cierta medida el trabajo intelectual pasivo, oficinesco o simplemente burocrático, cuya remuneración es siempre inferior a la de un artesano de medianas aptitudes. Así, mientras un escribiente, un facturero, un tenedor de libros o un cajero ganan entre 30 y 35 dólares semanales, un mecánico, un albañil o un carpintero ganan fácilmente cincuenta o sesenta dólares y más. En todo caso, la compensación económica favorece al esfuerzo muscular.

La educación no puede, en consecuencia, ser allí contemplativa, ni desinteresada en el sentido que nosotros damos a este concepto; es decir, falta de una aplicación definida. Debe ponerse a tono con su ambiente; tiene que ser intensa y realizadora, para poder rendir los frutos que de ella se reclaman y se esperan.

Por lo demás, la educación fué siempre un producto social y por eso cada pueblo se da la que más necesita o le conviene. La educación norteamericana sería por sí sola la prueba de este aserto, si ya no se le reconociera universalmente. Sin embargo, todavía no parece superfluo repetirlo entre nosotros.

Durante tres siglos, esa educación ha seguido paralelamente todas las vicisitudes de la evolución económica, social y política del pueblo ame-

ricano; en cada una de las colonias, primero; en cada uno de los Estados en seguida; y en la nación entera al presente. El pueblo americano la sostiene, la controla y la fomenta, ahora como desde sus principios; a ella vincula su bienestar de hoy y sus aspiraciones para el futuro; pone sus ojos en la escuela con el amor que le inspiran sus hijos; y de este modo la educación ha llegado a ser, tomada en conjunto, la más genuina y vital de sus instituciones.

Como se ha formado lentamente y sus establecimientos han ido variando de organización a medida que surgían nuevas necesidades; como cada Estado y cada ciudad han creado sus propios colegios, conforme a las exigencias y a las ideas locales dominantes; y como, además, siempre hubo libertad en materia de orientaciones y procedimientos, no existe en los Estados Unidos un sistema gradual y uniforme de servicios docentes. Por eso no es posible hablar de una educación nacional norteamericana, en el sentido técnico de la expresión; pero sí es posible reconocer cierto nivel común en cada una de las ramas a que sus colegios corresponden, no sólo dentro de un mismo Estado sino aún entre varios de ellos.

Tal nivel o equivalencia educacional ha venido acentuándose desde fines del siglo anterior, con la intervención creciente de los gobiernos de cada Estado en los servicios escolares. Durante mucho tiempo y en los Estados más antiguos sobre todo, prevaleció la tradición inglesa de dejar el cuidado de la educación a la libre iniciativa privada; pero en los Estados nuevos que en la última mitad de ese siglo fueron organizándose, hacia el centro-norte y hacia el oeste, tal tradición no fué respetada.

Por lo general, el gobierno se hizo allí cargo de los más importantes servicios educacionales; las legislaturas dictaron normas al respecto y fijaron tasas tributarias para atender de preferencia a esa necesidad. En los otros Estados, estas medidas comenzaron luego a ser puestas en práctica también; y de ese modo, una política docente ha llegado a existir en toda la Unión, si bien en condiciones diversas de la que nosotros estamos habituados a considerar; porque allí la tuición inmediata del Estado, en cada uno de ellos, es casi exclusivamente financiera; y a lo más interviene dentro del servicio para comprobar la idoneidad de las personas consagradas a la enseñanza.

Pero en tiempos recientes se ha ido más lejos. Desde 1918 y con arreglo a la ley que lleva los nombres de Smith-Hughes, dictada el año anterior, el gobierno federal dispone de fondos para subvencionar escuelas y colegios de segunda enseñanza que se dediquen a preparar la juventud para tareas productoras. Es una especie de estímulo a la educación vocacional, a la vez que un reconocimiento de su eficacia, hecho por el gobierno que representa los intereses y las aspiraciones de toda la nación.

En otros de los principales dominios de habla inglesa,—Canadá, Australia y Nueva Zelandia,—estas cosas se presentan en la actualidad de igual manera, sobre todo en el último de los nombrados, donde la so-

cialización estatista ha hecho talvez más avances que en cualquiera otro país desprendido del tronco de la civilización occidental.

Conviene observar que este patrocinio del Estado a las actividades docentes se viene practicando en Inglaterra también desde fines del siglo pasado; de suerte que hasta en las dos naciones anglo-sajonas, cuna y baluarte del individualismo, se ha evolucionado con impulso más firme cada vez hacia un estatismo bien significativo en materias educacionales.

No es del caso examinar las fuerzas sociales que han conducido a esa evolución; basta para nuestro objeto dejar constancia de ella, como que sólo tratamos de explicar de qué modo se ha ido diseñando, en la gran república, cierta relativa uniformidad en los distintos grados docentes, a base de planteles típicos o *standard*, como allá dicen, de cada uno de ellos. Naturalmente, eso no obsta para que subsista una extraordinaria variedad de colegios y escuelas de fundación particular, en que se combinan y confunden todas las clasificaciones y los sistemas conocidos, sin otra pauta que la finalidad propia que cada cual persigue.

Hasta los establecimientos públicos del mismo grado se diferencian uno de otro en varios sentidos; porque allí se deja ancho margen a la iniciativa de sus directores, en cuanto a organización, disciplina, métodos y orientaciones pedagógicas. De este modo nace entre ellos una emulación sana y fecunda que, fomentada por el ambiente exterior, contribuye al progreso de las instituciones escolares, pero impide a la vez formular generalizaciones avanzadas sobre sus sistemas dominantes.

Durante nuestro viaje a Estados Unidos, en los últimos meses del año pasado y primeros del presente (1930); sólo nos fué posible visitar establecimientos de enseñanza en la zona oriental de la Unión, desde New York y Filadelfia hasta Baltimore y Washington; y desde Washington hasta Carolina del Norte.

A poco de conocer algunas universidades, nos dimos cuenta de que nos era indispensable conocer también escuelas de grado secundario e inferior y más de algún instituto técnico; porque la preparación para los estudios universitarios procede, como se comprende, de esos otros establecimientos y algunas de las modalidades de la enseñanza superior aparecían difícilmente explicables sin una vista, aunque fuese ligera, de los dos grados comunes de la educación.

No nos era lícito ignorar que en un sistema docente bien coordinado, la continuidad orgánica se impone desde la escuela elemental hasta la escuela universitaria; pero tratándose de un país en que esa unidad del conjunto es desconocida, creímos en un principio que sería inútil buscar la correlación de grados que nos preocupaba, porque no la íbamos a hallar.

Sin embargo, pronto advertimos que esa correlación existía, aunque no en la misma forma ni sobre las mismas bases en que nosotros teníamos costumbre de considerarla; no sobre la base de iguales estudios y conocimientos para todos los educandos, sino fundada en las preferencias y aptitudes que éstos ya han manifestado, en los fines ulteriores que cada

uno persigue y en los métodos de actividad individual que son comunes a todas las formas escolares, cualquiera que sea su grado. Dicho con otros términos: en los diferentes grados de la enseñanza, la correlación y la continuidad se vinculan allí, más al niño o al joven que a los planes y programas del colegio, como que en definitiva, dentro de estos mismos planes y programas, cada cual elige las materias de estudio que más le convienen; y desde los últimos años de la escuela primaria se va formando así su propio curso, abriendo su propio camino, de acuerdo con sus particulares inclinaciones.

Lo que nosotros llamamos continuidad de la enseñanza, o sea, engranaje sucesivo de planes y programas, dentro de los cuales ajustamos a todos los niños sin conmisericación,—como si sus cerebros estuviesen hechos de cera,—radica allí principalmente en la personalidad de cada educando, que es quien se continúa a sí mismo de la escuela elemental a la superior, de la escuela superior al college y del college a la universidad.

Nos pareció que esta manera de poner en práctica, más que de concebir en forma teórica la correlación de los grados docentes, derivaba del concepto, ya más general, de que los establecimientos de enseñanza se instalan y subsisten para los niños, para contribuir científicamente a su desarrollo, con vista a determinadas conveniencias sociales, y no como muy a menudo se cree, que los niños hayan venido al mundo para someterse a un colegio, para plasmar en él sus espíritus, dentro de moldes preconcebidos y de una uniformidad desesperante, con lo que se pretende borrar estérilmente diferencias de capacidad y aptitudes que son irreductibles, porque la naturaleza misma las ha generado bajo la presión de la herencia y el medio.

Al observar, en algunas high-schools norteamericanas, la compleja variedad de cursos a la libre opción de los estudiantes, para aprovechar el máximo de sus energías latentes, hicimos un recuerdo de nuestro antiguo profesor de física, cuando nos decía,—a manera de explicación de no sabemos qué leyes del espacio: «la naturaleza tiene horror al vacío». Asociando esta idea a la que nos sugería aquel ambiente, nosotros pensábamos ahora: «la naturaleza tiene horror a la uniformidad». Se advierte que este descubrimiento no reclama privilegio exclusivo...

Buscamos, pues, en las escuelas primarias y secundarias la clave del espíritu, la organización y los métodos de las universidades, seguros de que la correlación y la continuidad de estos distintos grados docentes estaban más en la personalidad del alumnado que en los planes y programas escolares.

II

No nos detendremos a describir la magnificencia y el ornato de los edificios escolares, en las más populosas ciudades norteamericanas; porque ya eso es demasiado conocido. Penetremos más bien directamente en los

gabinetes de trabajo, donde hormiguea la multitud infantil dominada por una actividad que sorprende.

La escuela nos hace la impresión de una gran fábrica, dividida en múltiples talleres, equivalentes a nuestras salas de clase. Amplias fotografías de edificios, instalaciones industriales, nonumentos y personajes célebres, se adosan a los muros de uno de esos talleres, al lado de cartas geográficas, paisajes en colores, objetos en metal o en terracota y una porción de utensilios diversos. Dos o tres estantes con libros y materiales de dibujo y pintura cubren un costado, entre las ventanas abiertas; al centro, una ó dos mesas largas, rodeadas de pisos y sillas. Sobre algún pedestal o consola, los vasos con flores ponen una nota viva en el conjunto.

Unos veinte chicos y chicas inclinan allí sobre las mesas sus cabecitas rubias, fija la vista sobre la hoja que están embadurnando con pinturas de varios colores. Luego, algunos van y vienen por la sala, en busca de materiales; sus manecitas están manchadas y en los delantales blancos hay rayas y pintas amarillentas o verdosas. Otros se muestran y critican sus pasteles a medio concluir; y hablan y ríen, mientras la profesora, con gesto benévolo, atiende las consultas de los más confusos o menos diligentes.

Los resultados son, por el momento, unos cuantos manchones abigarrados, con figuras deformes y grotescas, pero que procuran representar, éste un tranvía en movimiento, aquél un aeroplano de alas muy anchas, el otro un rascacielo de incontables pisos, el de más allá unos árboles junto a un estanque, sin que falte alguno que diseñe una iglesia, un jardín, un gato, una cocina; y así cada cual.

Se trata de una clase de pintura, que ha sido precedida de una de dibujo indudablemente, pero de una clase libre y espontánea, como ha sido la otra también, en que cada muchacho o muchacha vacía del natural, en su cuaderno, el objeto que mejor recuerda o que en aquel instante más le agrada.

La profesora guarda aquellos trabajos, en uno de los estantes de la sala, ordenadamente por fechas y en el casillero que destina a cada alumno. Gusta en seguida compararlos, no precisamente los de un alumno con los de otro alumno, sino los que cada cual ha ejecutado en distintas fechas, para establecer el grado de progreso que este alumno ha alcanzado en sus ejecuciones sucesivas. Y eso constituye el más valioso estímulo; porque en los cánones de la pedagogía yanqui no figura la emulación egoísta de aventajar al compañero, sino la de emularse a sí mismo, superarse en capacidad y aptitud, haciendo hoy algo mejor de lo que se hizo ayer. Al compañero, en cambio, se le debe ayuda y cooperación.

De igual modo vemos proceder en los talleres de cartonaje, de modelado con arcilla, yeso o plasticina, de tallado en madera, de laminación en metal, de costura, bordado y demás labores femeninas. Y nos referimos de preferencia a las actividades manuales de la escuela, porque éstas son allí las de mayor importancia, las que concretan y auxilian el

aprendizaje de los demás ramos, las que caracterizan el método de enseñanza individual y de libre disciplina que prevalece durante todo el proceso de la educación.

No hay en la escuela primaria ramo alguno que, para la objetivación de sus materias, no aproveche a lo menos del dibujo, la pintura, el cartónaje y el modelado. Aún los ejercicios de lectura y de composición, en el aprendizaje del idioma patrio, son ilustrados por los mismos alumnos con figuras y paisajes en colores. Con más justo motivo las matemáticas, que en la primera enseñanza necesitan despojarse de abstracciones fatigosas, se ayudan del dibujo, del cartónaje, del modelado y hasta del tallado en madera, para concretar sus operaciones.

No necesitamos decir las ventajas que de la alianza con los trabajos manuales obtienen la Botánica y la Zoología en la escuela. Aparte de los herbarios, de las colecciones de insectos y otros procedimientos semejantes, usados desde largo tiempo en esta enseñanza, no es hoy ya una novedad el empleo del dibujo, la pintura y el modelado de plantas y animales. Ni tampoco es una novedad ese empleo para proporcionar las nociones más fundamentales de la Física y la Química. Lo mismo puede añadirse respecto de la Geografía, al tratarse de reproducir los rasgos más salientes del terreno en una determinada región, y respecto de la Historia, en cuya enseñanza los restos sociales primitivos, los objetos que muestran las costumbres y la organización económica del pasado, las construcciones, los monumentos, los personajes, las escenas dramáticas, proporcionan abundantes temas para el trabajo material de cada alumno. Y bien sabemos que la evocación histórica tiende a ser cada día menos verbal y más concreta, al definir los caracteres de cada etapa de la civilización.

Tanto como eso ponen en práctica las escuelas de los Estados Unidos; no todas por cierto en iguales proporciones; porque, como en cualquiera otra parte, allá hay también buenas y malas escuelas. Tomamos en cuenta las mejores, las más completas y equipadas, las que disponen de los elementos necesarios para sostener los distintos talleres a que nos hemos referido y para hacer de cada clase una faena en que los alumnos, sin ninguna excepción, crean y producen en la medida de sus facultades.

No son por cierto los departamentos mencionados la totalidad de la escuela. A ellos se agregan los consagrados a la economía doméstica y a la enseñanza vocacional de giro industrial, agrícola o mercantil, la biblioteca, el salón de actos, el museo, el acuario, el gimnasio, la piscina y el jardín con el huerto, que en algunas sirve también como campo de trabajo y experimentación.

Es principio educacional norteamericano que el aprendizaje debe realizarse haciendo las cosas que son objeto de él y que sólo se aprende bien lo que se hace; es decir, lo que cada uno asimila objetivamente y por su propio esfuerzo, a la vez espiritual y material. Es un principio matriz, del que derivan todas las formas metodológicas de aplicación escolar, no

sólo en el primero sino en todos los grados de la enseñanza, y se sintetiza en la doctrina de que la educación consiste en un proceso de formación de hábitos y de realización de experiencias en vista de un determinado interés social.

Tal principio pedagógico excluye de las prácticas escolares el aprendizaje libresco y memorista, que queda reducido a un procedimiento de simple confrontación de las experiencias adquiridas; porque la memorización no educa espiritualmente ni moralmente, no conduce por sí misma a la aplicación de los conocimientos, ni estimula ninguna aptitud creadora.

No vaya a pensarse por eso que se elimine de la escuela el libro; por el contrario, el libro tiene un sitio de honor en la escuela. Se le consulta o se le lee, según sea su naturaleza, dentro y fuera de la clase; pero no para ceñirse a él en el aprendizaje sino más bien para completarlo y controlarlo, cuando ya la experiencia o la objetivación inicial ha abierto el horizonte del estudio. El libro viene a ser así un complemento de la actividad ordinaria de la clase; en otros términos, una experiencia más.

Para eso la biblioteca escolar es abundante y bien servida; está el día entero a disposición del alumno, quien puede leer en ella o en su casa el libro que necesite o que le agrade; y a toda hora se le estimula a hacerlo. Pero muchos observan que no es este género de cultura el que prevalece entre los escolares y que, precisamente, una de las fallas de la escuela norteamericana es el poco tiempo y cuidado que dedica a la nutrición intelectual del niño. Al terminar sus cursos, el muchacho que sale a los negocios de la industria, de la agricultura o del comercio, lleva, por lo común, una habilidad manual suficiente y un carácter formado para el esfuerzo productor, pero un desconocimiento casi absoluto de cuanto existe más allá de su país, y de las ideas y problemas que agitan el mundo. Es una dichosa ignorancia, seguramente, pero él ejecuta en realidad mucho más de lo que piensa.

Dentro de un régimen escolar como el que hemos bosquejado, el profesor desempeña un papel muy distinto del que nosotros conocemos. No es un repetidor de segunda o de tercera mano, que imparte conocimientos hechos al grupo de sus discípulos; es un conductor de las actividades libres de cada muchacho, un contralor de sus esfuerzos y experiencias, un inspirador si se quiere de sus pensamientos dominantes, para llamar la atención hacia los centros de interés que mejor puedan atraer las facultades infantiles y proporcionarle a él mismo la oportunidad de dar algunas explicaciones convenientes.

La gran mayoría del personal que sirve en las escuelas es femenino; y aunque se trate de una enseñanza mixta para niños y niñas, ya en sus grados superiores eso constituye un grave problema que preocupa a los pedagogos americanos. En su base está, como se comprende, una cuestión de orden económico; las remuneraciones no atraen con fuerza a los hombres hacia la profesión docente, a menos de que una natural vocación conduzca a ella; pero la formación moral de los varones exige

profesorado masculino. La solución parece estar allá distante aún, tanto a lo menos como lo está entre nosotros.

Sin embargo, la virilidad tiene en la escuela ocasión de manifestarse y expandirse en la gimnasia, los juegos atléticos, las excursiones por campos, fábricas y sitios históricos, las asociaciones de diversa índole que allí se organizan y por fin, en la enseñanza vocacional con que habitualmente culminan los cursos regulares.

Como se sabe, la escuela típica norteamericana desarrolla su enseñanza en ocho años y toma al niño, normalmente, desde los seis hasta los catorce de edad. Para los chicos de tres a cinco años, existe el Kindergarten, muy difundido, principalmente en las grandes ciudades. No tuvimos oportunidad ni interés en observar su funcionamiento. Siempre nos ha dolido ver a esos niñitos lejos de su hogar, puestos al cuidado de otras manos y otros ojos que no son los de sus madres. En esta materia, como en algunas otras, nos conservamos voluntariamente *arriérés*.

Los primeros cuatro años de la escuela constituyen la enseñanza elemental y uniforme para todos los educandos; en los dos años siguientes, junto con las nociones de cultura, se insinúa ya con los trabajos prácticos cierta tendencia vocacional; y en los dos últimos años encuentran las inclinaciones de esta especie ocasión propicia para manifestarse y cultivarse, consagrando mayor tiempo a los estudios y trabajos preferidos.

Pero esta forma de organización viene modificándose desde hace veinte años, con lentitud al principio y con mucho mayor fuerza en el último tiempo. La modificación consiste en limitar a seis los años de aprendizaje general en la escuela primaria y separar los otros dos, para agregarles un tercero y formar así un nuevo ciclo de carácter decididamente vocacional, denominado *Escuela Intermedia*.

Deriva este nombre de un propósito coordinador entre la enseñanza primaria y la secundaria, representada esta última por la Escuela Superior o *High School*, con cuatro años de estudio. La Escuela Intermedia toma de la escuela primaria los dos años finales y de la escuela secundaria el primero y establece entonces tres grados bien definidos de enseñanza común:

- a) Grado primario, de seis años, entre los seis y los doce de edad.
- b) Grado intermedio, de tres años, entre los trece y los quince de edad.
- c) Grado secundario, de tres años también, entre los dieciséis y dieciocho de edad.

Es casi la misma distribución nuestra, con distinto nombre; la Escuela primaria, de seis años; el Liceo, primer ciclo, de tres años, y el Liceo, segundo ciclo, de tres años también. Sólo cabría observar una diferencia: nuestra obligación escolar empieza a hacerse efectiva a los siete años de edad; pero, en cambio, sólo se exigen los doce cumplidos para ingresar al primer ciclo del Liceo, lo que viene a dar el mismo resultado que en el sistema norteamericano.

Pero si la distribución de los años escolares es más o menos la misma y

la estructura de la escuela primaria tampoco se diferencia fundamentalmente, en cambio la organización, el contenido y la finalidad (ya hemos hablado de los métodos) de la Escuela Intermedia y de la Escuela Secundaria apenas si algo tienen de común con sus equivalentes chilenos.

Decíamos que la Escuela Intermedia obedece a una finalidad decididamente vocacional; y en eso, justamente, se afianza su éxito. A base de unos cuatro o cinco ramos generales y obligatorios para todo el curso, la escuela ofrece una porción de ramos electivos, ya humanistas, ya científicos, ya técnicos, con aplicación al comercio, a la agricultura o a la industria. Estos últimos son, como se comprende, los más numerosos.

Los ramos generales y obligatorios son casi uniformemente Inglés, Geografía e Historia de los Estados Unidos, Educación Cívica, Ciencias Naturales, Educación Física; y toman a lo más dos quintos del tiempo escolar hábil. Los otros tres quintos de ese tiempo puede el alumno dedicarlos a los ramos de especialización vocacional que haya elegido. Cada cual se forma así su propio plan de estudios, conforme a sus inclinaciones, a sus aptitudes y a sus conveniencias.

La escuela primaria y su continuación, la escuela intermedia, no viven aisladas, ni tampoco el grupo social en que actúan les permite desenvolverse solas. La sociedad y la escuela se compenetran activamente. Los trabajos prácticos que los niños y niñas ejecutan en la escuela, tienen en su mayor parte relación con necesidades del hogar. En la atención de la salud física y mental del educando, que es uno de los fines supremos de la escuela, la familia es llamada a prestar constante cooperación. Asociaciones de padres y de madres controlan muy de cerca las labores escolares; se establecen con ese especial objeto y con frecuencia sugieren reformas de importancia en la orientación de los estudios o en detalles del régimen interno. Es un negocio que a todos los habitantes les concierne; porque allí están sus hijos, que son la principal riqueza del hogar y del país.

Por su parte, la escuela permanece abierta el día entero y a menudo hasta las nueve o diez de la noche; porque a sus cursos regulares se agregan cursos especiales o extraordinarios de extensión profesional y cultural, con calidad de vespertinos o nocturnos, para adolescentes y adultos empleados. Son cursos de continuación o de perfeccionamiento, de las materias más variadas, conforme a las exigencias locales.

La difusión y propaganda de toda clase de asuntos de interés general, higiénicos, técnicos o morales, tiene un órgano permanente en la escuela; y las gentes buscan su recinto para debatir cuestiones de actualidad, que también revisten trascendencia pública. Así se patentiza el hecho de que la escuela pertenece al pueblo, es su institución social por excelencia y a ella se le debe preferente auxilio.

Los niños, a su vez, bajo el estímulo de sus maestros, buscan manera de contribuir a la mejor atención de algunos servicios locales y de conocer el funcionamiento del gobierno de su comuna o de su ciudad; porque

entre los fines de la escuela figura la educación cívica más que como ramo teórico cuajado de normas de conducta, como un sentimiento social y humano, que sobre todo emana de la historia, y como una disciplina de acción práctica en beneficio de los demás.

Distintas formas de cooperación, dentro y fuera de la escuela, prestan calor y vida a ese propósito educacional. La formación del ciudadano, —y del ciudadano de Norte América,—no es cuestión de un libro más o menos, en que se leen preceptos constitucionales y legales; es una cuestión mucho más compleja en la cual concurren, a toda hora y de modo indirecto, la mayor parte de las materias de observación y estudio, el régimen interno de la escuela y las actividades extra-escolares de profesores y de alumnos; cuestión de alma y de ambiente que, como todo sentimiento hondo, necesita buscar las ocasiones para consolidarse y expandirse.

La escuela puesta el día entero al servicio de la sociedad y sus alumnos en tensión constante hacia el exterior, hacia el bien público, constituyen una permanente lección de civismo, que no necesita oírse ni explicarse porque sus elementos están a la vista y son como la atmósfera que el niño respira.

De ese modo, la intensa vida de las aulas tiende a satisfacer las dos grandes aspiraciones nacionales que se vinculan a esta enseñanza: la una individual, que se refiere a la disciplina de las aptitudes realizadoras, para ganar con el trabajo la propia subsistencia; y la otra social, que se refiere al ejercicio consciente de la ciudadanía en la más compleja y poderosa de las democracias.

I I I

La segunda enseñanza forma, como la primera, parte de la educación común; y su tipo, todavía dominante, es el de la *High School*, con cuatro años de estudio, entre los quince y dieciocho de edad. La Escuela Intermedia, a que antes nos referimos, no ha logrado limitar a tres años la *High School*, sino excepcionalmente, en las organizaciones con finalidad técnica, como que de la Escuela Pública,—que es por excelencia vocacional,—sólo la parte del alumnado que no va directamente al trabajo productor sale a perfeccionarse en esos planteles técnicos de naturaleza especial. El mayor número de los que siguen la segunda enseñanza, pasa sin transición de la escuela primaria completa a la *High School*, para hacer su curso normal de cuatro años.

La *High School* recibe ese alumnado para devolverlo, en su mayor parte, a la vida productora también. Sólo un 30%, aproximadamente, de los egresados con su curso completo, sigue al College preparatorio de la Universidad o a las Escuelas Normales. El otro 70% se reparte en las tareas del comercio, la agricultura o la industria, con la preparación cultural y técnica que la *High School* le ha proporcionado.

Eso demuestra, desde luego, que esta especie de Liceo norteamericano no funciona sobre un plan rígido y uniforme al que someta todos sus alumnos, ni carece de una finalidad propia, de una razón de ser en sí mismo. Por el contrario, es actualmente un establecimiento típico, por la diversificación y la flexibilidad de su estructura y por la riqueza de su contenido educacional. En él se reunen y combinan la cultura clásica y la cultura moderna, la ciencia y la técnica aplicadas a las múltiples funciones económicas y la especial preparación de la mujer para el manejo del hogar. Es una Universidad de grado medio, una Universidad popular, fácilmente asequible hasta para el hombre del montón.

Con sus cursos de la mañana, de la tarde y de la noche, con su sistema de ramos electivos, a base de sólo unos cuantos de carácter general y obligatorio, con sus especializaciones breves y prácticas, con esa especie de concentración, tras de sus muros, de todas las materias que un adolescente pueda estudiar con provecho, la *High School* ha aumentado tan extraordinariamente el número de sus alumnos que puede asegurarse que este crecimiento es el hecho de más trascendencia en el desarrollo educacional de los Estados Unidos durante el presente siglo.

En 1890 acudían a los High School unos 200,000 alumnos; en 1900 ya ese número subía a 500,000; en 1920 era de 1.600,000 y en 1928 fué de cerca de dos millones y medio. Lo que significa que más del dos por ciento de la población total de Estados Unidos pasa por la enseñanza secundaria. Ese 2% equivale a la undécima parte de la población que frecuenta las escuelas públicas, en las cuales ya ha tenido ocho años de estudio. Naturalmente, las proporciones varían mucho de un Estado a otro Estado.

La calidad de las materias que son objeto de la enseñanza secundaria y la proporción del alumnado que las cursa respecto a la enseñanza primaria y a la población total del país, son datos bien reveladores acerca del valor social que a la High School se le reconoce como institución docente. Y ello se explica por sus métodos, por su organización y por su finalidad.

En cuanto a los métodos, lo que hemos dicho con referencia a ellos al tratar de la escuela primaria se aplica a la secundaria también, eso sí, como se comprende, con las modificaciones que corresponden a una enseñanza más sistemática y extensa, proporcionada a niños de una edad que fluctúa entre los quince y los dieciocho años. Pero si los centros de interés son otros, si la actividad del profesor es por lo general menos expectante y más explicativa, si el libro tiene ahora una mayor intervención en el curso de los estudios, en cambio, el trabajo manual en sus múltiples formas conserva las posiciones adquiridas, la objetivación que él permite en cada uno de los ramos científicos se intensifica y el esfuerzo creador del alumno, como eje del aprendizaje, es todo lo enérgico que sus aptitudes lo permitan, como que de él se hace además el medio preferido para vigorizar los caracteres.

Por otra parte, la educación física y la educación cívica adquieren en la High School un desarrollo mucho más amplio y eficaz; porque los deportes y la asociación entre los estudiantes, así como su participación y su interés en algunos servicios sociales, se han hecho a su edad más fáciles y más continuos de lo que pudieron ser en la escuela primaria. Este interesantísimo aspecto de la High School ofrece de un establecimiento a otro matices tan variados y tan sugestivos, que por sí sólo bastaría para una larga exposición; pero debemos ahora prescindir de él, porque abultaría demasiado estas breves anotaciones.

Respecto a la organización y finalidades docentes, decíamos que la High School comprende varias ramas de asignaturas diversas, vaciadas en planes flexibles, a la libre opción del estudiante, y que por eso era algo más que una simple agencia de cultura. En sus orígenes, sólo pretendió ser esto último realmente; pero, desde hace unos sesenta años, empezó a diversificarse y ampliarse, con el objeto de satisfacer las exigencias de orden económico que la evolución social norteamericana iba imponiendo.

Desde mediados del siglo anterior, el crecimiento industrial de los Estados Unidos fué afianzándose progresivamente; y después de la guerra civil se hizo más fuerte aún, a medida que las tierras del oeste se poblaban y la inmigración acudía en tropel. Las ciudades se cubrieron de fábricas y usinas, de almacenes y casas de negocios; y su densidad demográfica aumentó inusitadamente. El comercio interior y exterior prosperó en términos análogos y las condiciones de vida experimentaron una rápida transformación. Hasta en la agricultura, la explotación del suelo para la producción vegetal y animal, sufrió modificaciones trascendentales. Se auxilió de la mecánica y la química; fué científica y técnica a la vez; y el beneficio industrial de los productos pasó a ocupar el primer plano en la riqueza agro-pecuaria. Las estadísticas, cuajadas de cantidades de diez o más cifras, muestran esa extraordinaria inflación de valores,—Estado por Estado,—con la elocuencia propia de los números.

La vida de los campos se transformó a la par que la vida de las ciudades; fué más intensa y a la vez más prometedora de lo que nunca fuese en otro tiempo. Millones de familias adoptaron las comodidades y los hábitos de las residencias urbanas. Y así el país entero entró al presente siglo como galvanizado con su propio despliegue de energías.

La educación en todos sus grados y manifestaciones, pero principalmente la educación general, no pudo ya mantener su antigua estructura. Fué amoldándose a las nuevas condiciones del trabajo y la vida; fué poniéndose a tono con el crecimiento industrial, agrícola y comercial de la nación; fué socializándose cada vez más, porque en sí misma no era un fin, sino un medio de bienestar común; y ya la escuela primaria pareció insuficiente para el adiestramiento de las aptitudes que el progreso económico exigía y para la atención de los deberes cívicos que el conglomerado nacional reclamaba, en el proceso de ajustamiento de su compleja actividad.

Así se explica el auge de la High School, como institución educacional y social, y se explica también el giro de sus orientaciones, a la vez culturales, cívicas y económicas. En sus planes figuran como ramos básicos el idioma nacional, las ciencias naturales, la educación física y cívica, la historia, un idioma extranjero a elección y las matemáticas aplicadas a la especialización que se adopte, todo lo cual toma aproximadamente la mitad del tiempo hábil para el estudio. La otra mitad de ese tiempo se ocupa con los ramos de la especialización vocacional que cada uno prefiera, sea electricista, mecánico, dibujante, tipógrafo, contador, agrónomo, etc., o bien con los ramos aplicados a las artes domésticas y otras labores femeninas.

En algunas escuelas, la especialización vocacional toma solamente los dos últimos años; pero no por eso los dos primeros, de estudios generales, están sometidos a un plan rígido. El sistema de ramos optativos quita siempre a ese plan la uniformidad obligatoria para todos los alumnos del curso. Conviene tener presente, además, que la especialización vocacional no sólo se refiere a materias de orden económico; puede ella ser también científica o humanista, como nosotros decimos, desde que la High School ofrece a sus alumnos hasta la oportunidad de cursar el griego y el latín.

La diversificación de los planes resulta tan hacendera como posible,—y hay casos que consulta más de veinte especializaciones vocacionales distintas;—porque la población de cada una de estas escuelas, sobre todo en las grandes ciudades, se cuenta por miles; y es así cómo se ha llegado a la concentración escolar más típica de Norte América, que es la *Cosmopolitan High School*, especie de politécnico de grado secundario, porque en ella prevalecen las disciplinas vocacionales de carácter industrial, sin que eso signifique excluir las clásicas o científicas, que se desarrollan bajo el mismo techo y a las que se someten los que desean seguir más tarde a las Escuelas Normales o al College, para prepararse a una profesión intelectual; pero éstos son, como se comprende, los menos; y la High School abre sus puertas y moldea sus planes para servir al mayor número, que es el que necesariamente ha de ir a incorporarse en las tareas productoras.

La oportunidad de adquirir una preparación suficiente, sea para los negocios comunes, sea para llegar a una Universidad, es un derecho de que no debe privarse a ningún joven americano, conforme al ideal allí preponderante. Por eso la High School, con sus cursos vocacionales, se ha difundido hasta en las aldeas más apartadas y ha dado origen a un tipo escolar nuevo, en aquellas localidades que, escasas en población y en recursos, no pueden sostener por sí solas un establecimiento de este costo y de esas proporciones. El tipo escolar nuevo es el de la Escuela Rural Consolidada, *Consolidated Rural School*, sostenida por dos o tres pueblos agrícolas vecinos que no desean dejar a su juventud en una situación educacional inferior a la que habita en las grandes ciudades.

La Escuela Consolidada es generalmente completa, con cursos elementales, intermedios y superiores; el número y la naturaleza de sus

cursos vocacionales depende de las exigencias de cada región, pero entre ellos figuran también los cursos de cultura general, humanista o científica, que habilitan para seguir después estudios universitarios.

Hemos mencionado la «cultura general»; y bien vale la pena que aclaremos de paso el sentido que allí se da a esta expresión tan llevada y traída. No se trata, por cierto, de una acumulación memorizada de nociones científicas, literarias y artísticas, sino de una metódica ordenación de experiencias sobre los principales fenómenos de la naturaleza y de la sociedad, con el objeto de capacitarse para comprenderlos y apreciarlos en su verdadero valor; en otros términos, se trata de formar el criterio social, estético y científico, antes que de hacer un breviario de conocimientos.

El contenido de la cultura es hoy demasiado vasto para dar de él una información relativamente completa, aunque fuese sumaria. En consecuencia, es menester seleccionar, tomando como guía al hacerlo el interés actual de la información en el grupo humano de que el educando forma parte; lo que vale decir que no existe una cultura general típica para todas las naciones, sino que cada una organiza la que considera más adecuada a su ambiente, conforme a su idiosincrasia y a sus necesidades.

El hábito de la indagación propia es lo primero que el colegio ha de crear y controlar; y eso se opone, desde luego, al enciclopedismo verbalista y a la erudición superficial, ya que no sería posible un amontonamiento de hechos de la más variada especie, mediante los trabajos realizados durante el período de la escuela. Debe tenerse presente que fuera de las aulas existen activísimas agencias que a diario atraen la atención del niño y del joven: la asociación, la iglesia, el teatro, la radio, la biblioteca, la prensa, el volante mercantil; y que todo eso forma un volumen de materias muy superior al saber organizado que la escuela puede proporcionar. Es el ambiente dentro del cual van a desarrollarse las actividades futuras del educando. Comprender ese ambiente, capacitarse para dirigirse en él y apreciar con criterio propio las fases cambiantes que a diario presenta, tal es el fin supremo de la cultura general.

En ese sentido, ella aparece más bien como un método de la información por adquirir que como una adquisición ya hecha. Y de este modo, el conocimiento ha de ser en lo posible real y vivido, para que pueda estar dotado de eficacia. Su cantidad importa mucho menos que su calidad; porque el estudio no tiene un fin en sí mismo, sino en cuanto pueda ser aprovechable por el individuo que a él se consagra.

Y como el saber es el resultado de experiencias individuales, socializadas en seguida, el aprovechamiento de que se trata tiene también un fin último de beneficio social. El individuo devuelve a la sociedad de que forma parte el conocimiento acrecentado por la acción; y así la cultura ofrece, desde otro lado, un profundo contenido ético que el colegio debe encargarse de hacer valer. Formar el «espíritu social» es, en definitiva,

su más alta misión; y a eso tiende la cultura que imparte la escuela común en sus grados primario y secundario.

I V

La concentración de las disciplinas culturales y técnicas operada por la High School, no ha eliminado por eso las escuelas industriales, comerciales y agrícolas de carácter especial. Ellas existen en las grandes ciudades o en sus inmediaciones desde hace muchos años y conservan su influencia y su prestigio.

La reciente evolución educacional que significan las Escuelas Intermedias para niños de trece a quince años de edad, ha proporcionado a la enseñanza técnica un nuevo auge; porque, como antes dijimos, esas Escuelas son definitivamente vocacionales y siguen a las escuelas comunes de seis años. Ellas dotan al niño de una preparación elemental para las funciones ordinarias de la vida económica; y hasta por el nombre que algunas adoptan, *Junior School*, se está indicando que su objeto es el adiestramiento indispensable para los empleos menores del comercio o la industria.

No es raro tampoco que estas mismas escuelas ofrezcan un grado más alto de enseñanza, en un curso de *Senior*, de dos o tres años, que continúa al anterior y en el que la especialización toma ya un giro propiamente profesional.

Los tipos de establecimientos de esa especie son de una variedad extraordinaria y las articulaciones de sus planes, con la multitud de ramos a la libre opción del alumno, desconciertan al observador de origen latino, habituado como está a las coordinaciones uniformes.

Sin embargo, alguna cosa se advierte de común en todas esas escuelas y es el método, el mismo método de trabajo individual que venimos delineando desde los primeros grados de la enseñanza. También puede anotarse de común el descargo de sus horarios. Rara vez el alumno es obligado a asistir más de tres horas por día a su curso de especialización y no hace allí sino una práctica rudimentaria; porque se prefiere que la práctica real de su profesión u oficio la efectúe como empleado o aprendiz en el mismo negocio cuya preparación técnica va a buscar en la Escuela. No puede ésta suplir la enseñanza objetiva que el trabajo mismo proporciona. Y como estas Escuelas,—y en general casi todos los establecimientos docentes en Estados Unidos,—distribuyen sus cursos desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche, cada cual se fija el tiempo de asistencia que mejor le acomoda.

Como quiera que ello sea, en los cursos regulares, la educación física y la educación cívica son obligatorias para todos los estudiantes, al mismo título que los ejercicios sistemáticos del idioma nacional. La gran democracia cuida a la vez de la salud física, el valor moral y la correcta expresión entre sus ciudadanos.

En las Escuelas Comerciales la enseñanza es coeducativa, lo mismo que en la High School; pero en materia de enseñanza industrial, existen naturalmente establecimientos para profesiones masculinas y para profesiones femeninas. Las especializaciones son, en estas últimas, tan múltiples y variadas que sería muy difícil hacer una enumeración completa; pero a la especialización preceden casi siempre un semestre o dos de labores generales, a manera de orientación vocacional.

Una de las profesiones femeninas más prósperas es allí la fabricación de juguetes; y las escuelas industriales atienden con preferencia esta especialización. La vimos instalada con mucho éxito en México también, en la escuela que lleva el nombre de Gabriela Mistral.

La preparación científica y técnica para las funciones productoras se considera en Norte América, desde hace mucho tiempo, como indispensable para surgir en cualquiera profesión u oficio. Por eso la educación comercial, industrial o agrícola especializada conserva sus establecimientos propios y no le ha cedido el paso a la High School concentradora e invasora, a pesar de que la organización de esta última sea menos dispendiosa y probadamente más eficaz.

V

El régimen de externado es el común de las escuelas norteamericanas. En cambio, es frecuente que el College que, como se sabe, tiene ya carácter preuniversitario, sea un internado; pero allí el alumno es más propiamente un pensionista que goza de su libertad con un mínimo de restricciones, como que se trata de jóvenes entre los 19 y los 22 años.

Pero, entre la gran variedad de tipos escolares, hay también allí internados de jóvenes o de niñas, en cuya enseñanza se fusionan estudios que pertenecen a la High School y otros que corresponden al grado del College; y a veces también se añaden algunos de naturaleza vocacional para determinados negocios. La edad de estos escolares fluctúa entre los 15 y los 20 años; y por lo común, no piensan seguir estudios posteriores; de modo que la educación de su internado aspira a ser completa.

Interesaba conocer alguno de estos colegios; y he aquí que tuvimos el agrado de visitar un internado-hogar para niñas, cerca de Baltimore. Era una sucesión de casas chicas, algunas en forma de chalet, con su jardín y un pequeño patio plantado de árboles, a modo de huerto. En ninguna de estas casas había más de 20 alumnas, cada una de las cuales tenía su dormitorio propio. El comedor y las salas de recibo, así como otras dependencias, eran comunes. Nada de esas grandes cuerdas dormitorios que parecen salas de hospital.

Lo importante del sistema, según se nos hizo notar, es que, aparte de los estudios, allí la niña se prepara insensiblemente para su función natural de dueña de casa. Diariamente y por turno, va desempeñando todas las ocupaciones de la vida doméstica, desde la cocina hasta el deco-

de los temas de estudio objetivo y experimental,—hasta donde puede serlo,—que más se debate actualmente en la pedagogía de aquel país.

Es fácil imaginar las proporciones del trastorno que traería consigo la demostración de que el acervo líquido de nuestra enseñanza, como adquisición de hechos y experiencias, se reduce a un tercio, quizás si sólo a un cuarto de lo que nos afanamos por aprender; y en cambio, entre lo que consentimos ignorar, existe una porción no despreciable que contribuiría a dar una vitalidad mucho mayor a nuestra cultura.

La investigación continúa, acumulando cada día más caudal de informaciones; y la respuesta no tardará seguramente demasiado, sobre lo que se ha de enseñar, claro está que en los Estados Unidos. Mientras tanto pongamos nosotros también delante de tamaña cuestión un gran signo interrogante, sobre lo que en Chile más convendría enseñar y aprender.

Poco en verdad nos ha preocupado esta materia, por no decir mejor que no nos ha preocupado absolutamente; y ello se explica: nuestro punto de partida escolar, en cualquier grado de la educación, ha sido siempre el plan de estudios, al cual ha de adosársele el inevitable programa con una selección de conocimientos que cada niño va a ingerir de manera progresiva. No importa que haya una porción de niños que, por falta de interés o de aptitudes para ese aprendizaje, no asimile tales conocimientos o los asimile mal; ellos deben a fin de año saberlos, y si no, estarán impedidos de avanzar en el camino iniciado.

No hemos parado mientes en que los niños, sin ser tontos, pueden muy bien aducir sus razones para no aprender todo eso; en que, ante tal exigencia, ellos reaccionan en el sentido de considerar inútil un estudio para el cual no son aptos o que creen no les va a ayudar en nada durante su vida; ni mucho menos en que hay niños de niños, es decir, personalidades diferentes cuyo espíritu e inclinaciones, si armonizan con determinadas actividades, en cambio resisten o desprecian otras. Como a todos los consideramos con capacidad y aptitudes iguales o equivalentes, dentro de lo que se ha dado en llamar individuos normales, a todos también los ajustamos en el mismo patrón; y así nos resistimos a aceptar sus repetidos fracasos en diversos tópicos de estudio.

Por otra parte, tampoco nos hemos preguntado nunca para qué sirve lo que les enseñamos. El mito de la «cultura general» nos satisface y le damos a esta expresión un contenido vital y social que no tiene sino a cuenta de que llegue a ser un instrumento para comprender el mundo en que nos movemos; algo por consiguiente muy relativo y hasta fugaz, porque si eso que se nos enseña no corresponde a necesidades actuales es lo más seguro que, o lo olvidemos inmediatamente, o lo dejemos a la vera del camino como un fardo que nos estorba en nuestra marcha.

He ahí lo que la pedagogía yanqui ha comprendido antes quizás que la de cualquier otro país; y se ha planteado el problema del valor de los conocimientos como disciplina general de estudio, desde el doble punto de vista del niño y de su ambiente; es decir, desde un punto de

vista de rigurosa objetividad; no desde el punto de vista nuestro, que es meramente convencional y subjetivo.

VII

Es bien sabido que la mayor parte de las universidades norteamericanas,—y entre ellas muchas de las mejores,—deben su origen y su desarrollo principalmente a la munificencia particular. Generosos actos de fundación y donaciones especiales han contribuído a darles vida y a impulsar su crecimiento. Las hay también,—y muy prestigiosas,—que deben su existencia a iniciativas gubernamentales en diferentes Estados; y otras aún que, habiendo nacido como instituciones de enseñanza privada, han venido a ser más tarde, total o parcialmente, instituciones públicas.

Las universidades más antiguas datan de los siglos XVII y XVIII; pero el mayor número de ellas pertenece a la segunda mitad del siglo pasado; y su auge y su opulencia son todavía más recientes; no vienen de más allá de cincuenta años. Hasta podría afirmarse que la multiplicación de sus departamentos, la amplitud de sus cursos y la extensión de sus servicios, tales como los vemos hoy organizados, sólo corresponden al presente siglo.

En todo caso, el hecho preponderante del cual emana el impulso extraordinario que en el último tiempo ha recibido la enseñanza superior allí, continúa siendo la liberalidad del americano enriquecido que se siente obligado a devolver a la sociedad el todo o parte de su fortuna para que sirva a un fin de beneficio común, porque implícitamente reconoce que la riqueza tiene un origen social.

Típico nos pareció a este respecto el caso de Washington Duke, un ciudadano de Carolina del Norte, quién legó la mayor parte de su fortuna, ascendente a algunas decenas de millones de dólares, para erigir la Universidad que lleva su nombre, en las inmediaciones del pueblo de Durham, hoy de unos treinta mil habitantes. A veinticinco kilómetros de este pueblo se levanta la ciudad universitaria del Estado de Norte Carolina, que empezó en el siglo XVIII por ser un colegio particular de una determinada confesión religiosa y que es ahora uno de los centros de cultura superior más importantes en los Estados Unidos.

Washington Duke tuvo en Durham el asiento principal de sus negocios, que en un principio fueron de tabacos y cigarrillos y que finalizaron con una empresa ferroviaria. En 1880 moría y luego se pudo comenzar la erección de la Universidad, que él quiso que se estableciera allí mismo, a pesar de que la del Estado se hallaba tan próxima.

Un profesor de la Universidad de Columbia nos había dicho, en Nueva York, que Duke University, como la llaman, era una de esas Universidades relativamente pequeñas, en que uno no se pierde a través de las callejuelas que separan edificios enormes de ocho o diez pisos, destinado

cada cual a actividades diferentes. Además, su organización era moderna y sencilla, y su funcionamiento, fácil de comprender en el conjunto y los detalles. El viaje para conocerla se aprovecharía doblemente, porque podríamos visitar también la Universidad de Norte Carolina, situada en el campo y en medio de una naturaleza deliciosa.

Nuestra inspección fué fructífera, realmente, pero resultó que Duke University era ni más ni menos que cualquiera de las universidades grandes, con una edificación y una distribución magníficas; y aún cuando faltaban uno o dos pabellones para terminar su plano de edificios, todo estaba allí instalado en condiciones suntuosas, frente a amplios parques y jardines. El solo teatro de correcto pórtico helénico, se hallaba edificado y en servicio, con capacidad para tres mil espectadores. Se nos informó que lo que faltaba, en materia de edificación e instalaciones, no tardaría en ser concluído. Un hijo de Washington Duke, que llevaba su mismo nombre y que aún vivía, había ofrecido ya unos trece millones de dólares, para que los propósitos de su padre se realizaran totalmente.

Así han brotado y crecido, en diversas comarcas de la Unión, las altas instituciones de cultura, mediante la filantropía o el sentido solidarista, —como quiera decirse,—de sus hombres de esfuerzo, a quienes desde la distancia creemos materializados por el dólar, incapaces de dar pruebas de amor a la ciencia y faltos de resolución para someterse a una estricta ética social.

Pero es digno de notarse también que ese desprendimiento para la cultura superior procede de la misma gran riqueza acumulada con el auxilio de la ciencia y de la convicción de que la ciencia es uno de los más poderosos agentes que han contribuído a producirla, a la vez que el factor más importante de bienestar humano. Dentro de este criterio, fomentar el cultivo y la difusión de la ciencia, equivale a fomentar a un tiempo el poder económico de la nación.

Por eso desde las últimas décadas del siglo XIX los gobiernos de todos los Estados vienen concurriendo, por su parte y en proporción creciente, al desarrollo de las actividades universitarias; y bajo la presión de las exigencias de la vida económica nacional, han influenciado la enseñanza en el sentido de que la ciencia se resuelva siempre en una técnica profesionalmente aplicable que responda a las necesidades inmediatas y a las aspiraciones de la colectividad.

Para aproximarse a un ideal tan amplio, cada universidad tiende a ser,—y muchas lo son ya, aunque en distintas proporciones,—un centro multiforme de estudios de la más variada índole, que irradia en todas direcciones y que, junto con cultivar y transmitir las ciencias y las artes, toma a su cargo la difusión de los conocimientos que más puedan contribuir a intensificar la producción y la riqueza, en el campo de la agricultura, la industria, la navegación y el comercio. Investiga a la vez los problemas de actualidad que más preocupan al gobierno y la opinión; y por

el órgano de sus profesores y de sus graduados, influye en las soluciones de mayor interés general.

Aparte de sus cursos regulares de carácter científico y profesional, que con los cursos especiales veraniegos ocupan todo el año dentro de horarios diurnos y nocturnos, desarrolla constantemente un extenso programa de extensión, que también comprende las más distintas materias de cultura desinteresada y técnica. Pone sus bibliotecas, museos y laboratorios al servicio del público y ofrece la consulta de sus especialistas para los casos particulares que caigan bajo su dominio. Nada niega de cuanto ella dispone y puede ser útil; y con sus revistas y folletos difunde el pensamiento de sus profesores. De este modo, la universidad actúa como perteneciendo toda entera a la sociedad que la sustenta y a la cual le debe sus servicios; no tiene solamente una misión espiritual que cumplir; tiene también una misión social y humana.

Una Universidad completa, de tipo de Columbia, Harvard, Yale o Chicago, comprende hoy fundamentalmente los veintiún Colegios, Escuelas y Departamentos que en seguida vamos a enumerar.

- 1) Colegio de Artes y Ciencias.
- 2) Colegio de Ingeniería.
- 3) Escuela de Arquitectura.
- 4) Colegio de Agricultura.
- 5) Escuela de Selvicultura.
- 6) Escuela de Minería.
- 7) Escuela de Comercio o de Negocios.
- 8) Escuela de Artes Domésticas.
- 9) Escuela de Bellas Artes.
- 10) Escuela de Ciencia Pura.
- 11) Escuela de Ciencias Sociales y Políticas.
- 12) Escuela de Educación o Colegio de Maestros.
- 13) Escuela de Periodismo.
- 14) Escuela de Derecho.
- 15) Escuela de Medicina.
- 16) Escuela de Farmacia.
- 17) Escuela de Dentística.
- 18) Escuela de Veterinaria.
- 19) Departamento de Extensión Universitaria.
- 20) Departamento de Escuelas de Verano.
- 21) Departamento de Publicaciones.

En cada uno de estos Departamentos, Colegios y Escuelas, caben numerosas ramas o subdivisiones; y además, en algunas universidades se agregan todavía nuevas formas de especialización. Así en Yale, de la Escuela de Bellas Artes se segrega la Escuela de Música; en Cornell, a la Escuela de Agricultura se agrega una Escuela de Pesca; en Georgetown, la Escuela de Negocios se transforma en una Escuela de Servicio Exterior. Como quiera que sea, la enumeración que acaba de leerse es ya por sí sola bas-

tante comprensiva para medir la extensión del campo científico, profesional y social que abarca una universidad norteamericana.

VIII

El ingreso a un curso universitario supone parte a lo menos de los estudios propios del *College*, establecimiento característico de la organización docente en Estados Unidos, que precede a los estudios superiores puramente científicos o profesionales y que de ordinario es la base de toda universidad.

Las condiciones de admisión al *College* varían de uno a otro, pero siempre se exige un determinado número de los cursos generales de la *High School*, que no han podido seguirse de modo regular sino en el término de cuatro años. Además, deben comprobarse aptitudes de trabajo y buena salud. A las certificaciones correspondientes, algunas universidades agregan un examen que nosotros llamaríamos de madurez. Este examen es por escrito y con arreglo a formularios preparados *ad-hoc*, que tienen mucho de parecido con la confección de un test, como que en numerosos casos lo son en realidad; pero se eximen de estas pruebas aquellos aspirantes cuyos certificados exceden manifiestamente las condiciones requeridas.

Se habrá notado que al tiempo de su ingreso al *College*, cada alumno debe tener un promedio de edad equivalente a los 18 años; porque ha debido permanecer ya ocho en la Escuela primaria y cuatro en la *High School*. Los dos primeros años del *College* son como una ampliación de los estudios generales de la *High School*, eso sí que con ramos optativos; pero los dos últimos, que conducen directamente al Bachillerato en Ciencias o en Artes, se hacen ya en cursos diferenciados, para obtener uno u otro de esos grados académicos.

De modo que los dos primeros años del *College* son propiamente de educación secundaria y sólo los dos últimos pueden calificarse como pre-universitarios. Pero sucede siempre que, para iniciar cualquiera de los estudios profesionales, existen articulaciones que permiten al alumno hacerlo después de terminado satisfactoriamente el segundo o tercer año del *College*; y así, al obtener el Bachillerato en Artes o en Ciencias, ya ha podido cursar uno y hasta dos años de la profesión que ha elegido. De todas maneras, la preparación profesional no ha podido ser iniciada normalmente antes de los veinte años de edad.

Las articulaciones de los dos últimos años del *College* con las Escuelas profesionales a que nos hemos referido, son muy variadas de una universidad a otra; pero en todo caso las mayores exigencias se refieren a Ingeniería, Arquitectura, Derecho, Medicina y Dentística; y las menores, al ingreso en las Escuelas de Negocios, Agricultura, Periodismo, Educación, Artes Domésticas y Bellas Artes.

Todas las disciplinas científicas, literarias y artísticas tienen cabida

en el College, donde cada alumno se forma con ellas las combinaciones que más le convengan, bajo la guía de profesores expertos y conforme al fin que persiga en sus estudios. Un sistema de valorización por puntos que se fijan para cada asignatura, durante el curso de un semestre o de un año, permite establecer el mínimo necesario para las promociones.

Las lenguas clásicas y modernas tienen en este sentido una importancia considerable. El griego y el latín son en algunos Colleges obligatorios y en otros facultativos, pero se les exige normalmente, en mayor o menor proporción, para el estudio de ciertas profesiones y sobre todo para aspirar al grado de Doctor en Filosofía; de igual modo, el cabal conocimiento de uno o dos idiomas vivos aparte del propio, constituye una exigencia de satisfacción indispensable. Para cada estudio profesional, por otra parte, son previos determinados ramos científicos o humanistas del College, cuando se le inicia con anterioridad a la obtención del grado de Bachiller en Ciencias o en Artes.

Pero el College no sólo atiende al cultivo científico, literario y estético de los jóvenes, con arreglo a los métodos de trabajo individual que vienen practicándose desde la escuela primaria; atiende a la vez a la salud y al desarrollo vigoroso de sus cuerpos, por medio de una educación física adecuada a la edad y obligatoria para todos; atiende, además, a su educación moral y cívica, a base de estudios,—obligatorios para todos también,—del idioma patrio, hasta la correcta y fácil expresión oral y escrita, de historia, economía y derecho.

El ciudadano de la élite democrática debe salir formado del College, con un amplio espíritu de solidaridad nacional y humana y con un caudal de conocimientos que lo habilite para ser una personalidad consciente de los problemas sociales o políticos que se debaten a su alrededor y de los deberes que su misma cultura le impone, cualesquiera que sean la profesión o los negocios a que luego dedique parte de su vida.

La dispersión de conocimientos en la disciplina ética que hasta ahora ha formado en conjunto la educación cívica, tiende allá a unificarse y concentrarse, desde la High School hasta el College, con el nombre de *Ciencia Social* o de *Ciencia Política*; pero donde vimos que se le reconocía una amplitud mayor y una finalidad más elevada, fué en el College de la Universidad de Columbia. Con el nombre de *Civilización Contemporánea*, se desarrolla un curso completo de dos años, obligatorio para todos los estudiantes, y otro de dos años más, optativo, porque ya en él se estudian materias especiales. El contenido del primero de estos cursos se refiere a la exposición y al examen de los problemas de carácter social que más preocupan actualmente, como por ejemplo: la población, la inmigración, la urbanización, la salubridad pública, la defensa de la raza, la organización de la familia, las condiciones del trabajo, la desocupación y la pobreza, la criminalidad y los vicios comunes, la educación, la ética colectiva; y en fin, los factores del bienestar y del progreso en una agrupación humana.

Por cierto que todas esas cosas se tratan desde un punto de vista

americano; pero, como a la vez se necesita formar el criterio científico para comprenderlas y apreciarlas, su desarrollo se funda en principios sociológicos generales de los que se desprende, en cada caso, una oportuna aplicación. En el anuncio de la asignatura se lee: «El objeto de este curso es poner en contacto al estudiante con los factores de mayor importancia en la sociedad de su tiempo y facilitarle la comprensión de los aspectos económico, político e intelectual de la hora presente. Las instituciones europeas de la cultura americana contemporánea se estudian en relación con el desarrollo económico e intelectual de los Estados Unidos. Por consiguiente, el curso prepara al estudiante para la consideración intensiva de los problemas económicos y políticos de los Estados Unidos a que se refiere el programa».

Concurren, en el College mismo, a la formación de ese criterio las asignaturas de *Gobierno*, *Legislación*, *Historia* y *Sociología*, pero como ramos electivos y sólo obligatorios para los que van a seguir la especialización del Derecho. Hasta la clase de Geografía como ramo especial, en que prevalece el punto de vista antropológico con aplicaciones preferentes a la vida económica, no es menos eficaz para cimentar ese criterio.

La Antropogeografía o Geografía Humana, como más a menudo se dice, tiene ya su desarrollo en la High School y se continúa en el College. La Historia se enseña desde la High School también, despojada de confusos detalles, en su contenido social, económico y político, y los principales cursos se refieren a Europa y América. En cuanto a las clases de *Gobierno* y *Legislación*, en ellas, más que los preceptos de las leyes, se examinan las instituciones, como fruto natural de la convivencia humana.

Por los caminos señalados, el sentido sociológico de los problemas que afectan a la colectividad se forma gradualmente, en el trascurso de los años escolares, de modo que cuando ya en el College el joven encara el examen detenido de esos mismos problemas, tiene su mentalidad predispuesta para una acertada comprensión.

Aparte del *College*, otra de las instituciones más antiguas en la generalidad de las universidades norte-americanas, es el *Colegio de Graduados*. En él pueden proseguir sus estudios, sin mira a una profesión determinada, —aunque a menudo llegue a ser ésta la enseñanza misma,— los Bachilleres en Ciencias o en Artes, que es a quienes se llama «graduados».

Después de un año regular de trabajo en una especialización, año que puede prolongarse hasta un semestre o dos más, se alcanza allí un nuevo grado académico, que es el de Maestro en Artes o Maestro en Ciencias; y si ese estudioso persevera, porque se propone consagrar su vida a la cultura intelectual, ahonda allí mismo, en el espacio de dos años o tres, la especialización adoptada, hasta obtener el Doctorado en Filosofía, que es la más alta recompensa que otorga una universidad a sus discípulos de selección. En un campo de estudios más definidos puede obtenerse también el doctorado, como en Medicina, en Derecho, en Psi-

ciencia, en Ciencias Sociales; pero estos títulos no tienen el mismo rango científico que el de Doctor en Filosofía.

Cualquiera que sea la altura a que se llegue en los estudios, el Colegio de Graduados supone desde luego que allí va a hacerse un trabajo de investigación original, a adquirir el dominio de los métodos científicos y a emplearlos en seguida para fines culturales, puros o aplicados. El Maestro en Artes o en Ciencias es ya un trabajador intelectual equipado convenientemente; el doctor en Filosofía ya por sobre todo un productor intelectual; porque no se obtiene este grado sin la presentación de una obra o tesis de investigación propia en la que los maestros universitarios reconozcan personalidad, aparte de las pruebas orales a que el candidato es también sometido.

Lo expuesto define el carácter de la labor universitaria, labor que tiende principalmente a estimular capacidades superiores para la investigación y la producción científicas, con el objeto de difundir los métodos inductivos y de acrecentar el saber. Otra vez, en este grado superior docente, como lo hicimos notar respecto a los inferiores, la calidad y profundidad de lo experimentado suple a la cantidad de lo memorizado; y otra vez el aprender haciendo, halla aquí su expresión más elevada.

Dos cosas aparecen como indispensables para que una labor universitaria de esta especie rinda todos sus frutos: primero, hábito de trabajo personal por parte de los estudiantes, adquirido desde la primera etapa de la educación común y mantenido a lo largo de todo su proceso; segundo, limitación de las exposiciones orales del profesor a los elementos que más contribuyan a formar el criterio científico del alumno y a guiarlo en su trabajo propio.

Está reconocido que nada hay más funesto, por su eficacia para anodinar el espíritu, que empeñarse en dar al estudiante todo un farrago de nociones hechas y subordinadas al criterio del profesor. Es cortar las alas para impedir el vuelo. Pero la renovación metodológica de una universidad debe venir,—como en Estados Unidos vino y como ha venido en otras partes,—desde abajo, desde los grados inferiores del proceso educacional, cuando empiezan las experiencias reales y se forman los hábitos duraderos.

Por algo dijimos antes que las modalidades de la labor universitaria en Norte América no se explican bien sin el conocimiento de los grados inferiores del estudio; como que es un hecho que la unidad del desarrollo educacional se funda en la misma unidad de nuestra vida. Para que, el hábito científico de la experiencia personal pueda resolverse, una vez adquirido, en esfuerzo de investigación dentro de las universidades, se requiere además el tiempo disponible necesario. Por eso se observa que los estudiantes no se ven obligados a asistir a clases de conferencia con sus profesores más de 16 horas semanales, lo mismo en la Escuela de Graduados que en las de cualquier otra Facultad.

La preparación al doctorado requiere aún menos tiempo de asistencia

regular; y hasta puede prescindirse de ésta, como de hecho se prescinde, cuando la actividad se concreta en las investigaciones para la tesis que se ha de escribir. Entonces el candidato sólo acude al departamento de sus estudios cuando necesita la consulta de algún profesor para avanzar en su trabajo.

Así se explica que muchos jóvenes de escasos medios puedan seguir sus cursos universitarios y terminarlos satisfactoriamente, a veces hasta con brillo, al mismo tiempo que están ocupados para subvenir al costo de los mismos estudios. Se emplean a menudo como estenógrafos o dactilógrafos, como mozos de restaurant, mensajeros o barberos, y en otra porción de menesteres parecidos, con tal de que les dejen desocupadas las horas requeridas para asistir a sus clases y atender las obligaciones más indispensables del régimen escolar. Y como hay cursos que pueden seguirse por la mañana, por la tarde o por la noche, cada cual, aunque sea con sacrificio, armoniza su horario en la universidad con sus exigencias cotidianas para poder vivir.

Las mismas universidades, en su generoso interés de velar por las conveniencias de los alumnos, para que el máximo de capacidades se aproveche, mantienen oficinas permanentes de colocaciones, que dan cuanta facilidad de ellas dependa para que los que necesiten o deseen emplearse hallen la ocupación a que aspiran. La democracia no es allí una ficción y es propio de los altos centros culturales respetarla y difundirla.

A nadie le llama la atención, ni a los compañeros, ni a los profesores, ni a los jefes del servicio universitario, el que un alumno tome un empleo, cualquiera que éste sea, para costear su vida y sus estudios. Por el contrario, eso es hasta una razón para el estímulo y la simpatía. Y lo que decimos de los jóvenes se aplica por igual a las niñas que, aunque escasas de recursos, buscan en alguna universidad la preparación conveniente para una profesión superior. Se ocupan en oficios y trabajos adecuados a su sexo, como institutoras, oficinistas, costureras, manicures o empleadas de restaurant u hotel, que sólo hacen la atención de las mesas en las horas de almuerzo o comida. En las grandes ciudades, esto último es muy frecuente; y se las ve poner en su servicio una nota de distinción.

La Universidad no retiene, pues, a sus estudiantes obligadamente todo el día y sólo les exige un tiempo muy limitado para la asistencia a clase. El aprendizaje más provechoso se hace en el seminario de investigación que corresponde al curso o a la materia que se estudia. El seminario se reserva exclusivamente a los graduados, cualquiera que sea la escuela o la especialización a que pertenezcan.

Las Escuelas Universitarias se dividen en departamentos, por ramos de estudio o grupos de ramos afines. Dentro de cada departamento hay los seminarios que se estiman convenientes, instalados en salas cómodas para el trabajo individual y dotados de los elementos de investigación que la naturaleza de la asignatura requiera. No importa que todo lo necesario no esté allí; casi siempre será precisamente eso lo que ocurra. En

Zoología y en Botánica, por ejemplo, la investigación original tendrá que llevarse fuera del seminario y de la universidad. Igual cosa ocurrirá en Historia, porque los archivos documentales no están allí; y en Geología, en Astronomía, en Física, etc. La función del seminario no es aglomerar todo cuanto la investigación necesite, sino iniciarla, dirigirla y metodizarla, en suma, hacerla realizable científicamente.

El seminario está a disposición de los alumnos a diferentes horas. Su dirección corre a cargo del profesor de la especialidad; y la atención inmediata de los que trabajan, a cargo de ayudantes y de profesores auxiliares. Este régimen de estudios es, por lo demás, muy conocido y hoy, de un empleo casi universal. Es en el seminario donde comienza a generarse el progreso científico y de donde irradiarán más tarde las nuevas verdades. El profesor, por su parte, es también un investigador y sus alumnos colaboran con frecuencia a los trabajos en que él está empeñado. La apropiación de la materia y del método se hace así viva y eficaz.

IX

Más que norteamericana, la tendencia a la especialización en toda clase de actividades, es un producto de nuestra época; pero quizás en ningún país como en Estados Unidos ella ha sido aplicada con mayor amplitud a los estudios, desde los primeros hasta los últimos grados; y en muy pocas partes seguramente rinde como allá mejores frutos.

Vimos antes la diferenciación extrema en la enseñanza vocacional y en la High School, lo mismo que en la profesional secundaria; luego observamos el vastísimo campo de Escuelas en que se mueve una Universidad y los planes electivos del Colegio de Artes y Ciencias. Nos toca ahora insistir en las múltiples especializaciones a que dan lugar esas Escuelas, distribuidas en las Facultades que son comunes a todos los centros de enseñanza superior.

En ingeniería, la preparación profesional comprende por lo menos al ingeniero civil, al de minas, al de metalurgia, al de química, al de arquitectura, al de mecánica, al de electricidad, al ferroviario, al hidráulico y al industrial; diez especializaciones científicas y técnicas que generalmente se desarrollan en tres años de estudio cada una, conectadas con el tercero o con el cuarto año del College.

En los estudios de farmacia, dentística, cirugía y medicina general, caben también numerosas desmembraciones especializadas de esta última, pero practicadas sólo después de obtenido el grado de maestro o doctor. Como se sabe, el curso completo de médico, en las universidades más respetables, dura cuatro años y se articula por lo común con el último año del College.

La enseñanza universitaria del Derecho tiene en Estados Unidos un valor cultural de cierta proyección política, valor extraño a veces al

ejercicio de la abogacía; porque para ser admitido en esta profesión no basta haber completado los estudios especiales; es menester, además, cierto período de práctica al lado de un profesional conocido, la intervención del Colegio de Abogados de la localidad respectiva y la presentación a examen ante un tribunal superior. Como quiera que sea, el curso, conectado con el tercer año del College, se hace en tres, cuatro o cinco años, según se quiera alcanzar sólo el grado de Bachiller en Leyes o además el de Maestro en Ciencias Jurídicas o Doctor en Jurisprudencia.

Tal vez sea ésta la única profesión universitaria en que no prevalecen las especializaciones, si bien en la práctica hay en Nueva York y otras grandes ciudades abogados célebres como criminalistas y otros no menos célebres por su acierto en litigios comerciales. La naturaleza original de la legislación norteamericana, no uniforme de un Estado a otro, ni clasificada en códigos sistemáticamente, parece influir para que la profesión del Derecho carezca allí de una situación bien ajustada a las normas fijas que rigen las demás.

En cambio, si penetramos en las Escuelas de Educación, en las Escuelas de Artes Domésticas, en las Facultades de Ciencias Puras y de Ciencias Sociales o Políticas, sin contar con el mundo de especializaciones en las escuelas de aplicación a la vida económica, encontraremos incontables objetos de estudio, libres, profesionalizados o susceptibles de profesionalizarse, que nunca dejan de tener una clientela suficiente para mantenerlos.

La agrupación de algunas de esas materias en forma coordinada, ha dado origen a escuelas nuevas y completas con finalidad bien definida, como la Escuela del Servicio Bibliotecario o de Biblioteconomía, que sostienen con éxito las Universidades de Columbia, de Jorge Washington y otras. Ninguna de esas coordinaciones ha llegado a tener, sin embargo, una mayor influencia y desarrollo que la destinada a preparar científica y técnicamente el personal redactor y noticioso del periodismo, en una escuela especial.

Las principales universidades norteamericanas sostienen hoy su respectiva Escuela de Periodismo. Todas ellas son creaciones del siglo actual y algunas, apenas recientes. En otro tiempo, la dedicación al periodismo fué fruto de la vocación o la oportunidad; y la prensa, una tribuna de propaganda y lucha. El periodista era, o un literato, o un político.

Desde fines del siglo pasado y sobre todo en el presente, el periodista se ha hecho un profesional; y la prensa, junto con ser una grande industria, ha pasado a la categoría de un servicio público, como órgano de innumerales intereses y aspiraciones colectivas. La profesión supone una técnica adecuada; la empresa, el conocimiento de los mejores medios para su explotación; el servicio público, una norma ética que lo guíe; y todo eso es materia de una ciencia, o para ser más exactos, de una combinación de diferentes ciencias.

Así lo comprendió, hace varios años, el pensamiento alerta de las

universidades yanquis; y por eso es que al frente del prospecto de su Escuela de Periodismo, la Universidad de Columbia ha podido escribir: «El objeto de esta Escuela es formar los mejores periodistas, para que hagan los mejores diarios que mejor sirvan al público».

Las condiciones generales de admisión, en ésta como en las otras Escuelas, son poco más o menos las mismas: el segundo año completo del College, con estudios de un idioma extranjero,—de preferencia el francés,—y de un año a lo menos de Ciencias Naturales, Economía Política e Historia. Además, el candidato debe necesariamente saber escribir a máquina.

Cursos de dos años, teóricos y prácticos, en que se alternan semanalmente materias literarias, históricas, políticas, financieras, de derecho internacional, de técnica administrativa, de organización interna del diario, de redacción en sus varios aspectos, y hasta un poco de psicología de la información sensacional, forman la estructura de la Escuela y dan mérito para optar a un certificado de competencia.

Un año más, con trabajo de seminario y algunos cursos sobre Psicología de la Noticia y de la Lectura Popular, sobre negocios de prensa, sobre algunos problemas editoriales y sobre Literatura y Crítica, permite obtener el grado académico de Maestro en Ciencias del Periodismo. No parece que haya el propósito de llegar al doctorado.

Estos grados más o menos sonoros, con cierto aire de condecoraciones, causan allá sin embargo la sonrisa de muy poca gente. Pero es lo más importante que, por medio de esta Escuela, la universidad se vincula de modo permanente al periodismo, extiende el brazo de su «alma mater» sobre los hombres que informan la opinión y adquiere un nuevo elemento de influencia social.

El periodismo gana, sin duda alguna, con esa sistematización de conocimientos y con la disciplina técnica que el curso de estudios le proporciona; gana, además, con la orientación moral y cívica que la Escuela trata de imprimirle; pero, por ahora a lo menos, los directores de los grandes diarios son todavía allí hombres de negocios, sobre los cuales también la universidad ejerce alguna tuición, en fuerza de su prestigio, pero sólo en las ocasiones en que se debaten problemas de mucha trascendencia y se solicita o acoge la opinión de los universitarios especialistas. En todo caso, el periodismo ha empezado a ser allí, y lo será cada vez más ampliamente, una de las profesiones llamadas liberales.

X

El crecimiento y la expansión de las universidades norteamericanas en época reciente, la eficaz transformación de sus métodos de trabajo científico, la tendencia a especializar cada día más los estudios y a crear nuevas profesiones, son hechos sin duda de una extraordinaria importancia en el desarrollo cultural de aquel país; pero no se estima allá menos significativo, para esta misma cultura, el poderoso avance de las Ciencias

Sociales que, con sus múltiples aplicaciones, han llegado a constituir algo así como el espíritu superior que orienta y guía las labores universitarias, proporcionándoles cohesión y unidad.

Las Facultades correspondientes son de ordinario las más concurridas; y en las otras, aún en la de Ciencias Puras, tampoco se pierde de vista el valor social de los conocimientos, humanizados por su repercusión en las cambiantes fases de la vida colectiva. Todo cuanto se piensa, se estudia y se crea, concluye por afluir al cauce común del bienestar humano; e implícitamente no se hace con otro objeto. Tal es el criterio dominante.

En la Universidad de Columbia, la Facultad se llama de Ciencias Políticas y comprende cuatro departamentos: Economía, Historia, Derecho Público y Ciencia Social. En este último departamento, servido por diez o doce profesores, el estudio se resuelve en la Sociología, bajo múltiples aspectos teóricos y prácticos. En los otros departamentos, con una división no menos nutrida de las materias de su dominio, el sentido sociológico prevalece también; y merece consignarse la circunstancia de que en la Facultad de Educación, constituida por uno de los Colegios más prestigiosos de Estados Unidos, la Sociología Educacional y la Psicología Social, con sus variadas proyecciones, tienen un considerable número de cátedras. Se abriga allí el convencimiento de que la orientación ideológica y la formación científica del profesor, requieren de preferencia ese género de cultivo.

A pesar de la diferente organización y de la acentuada característica de preparatoria para la vida de los negocios, la Universidad de New York concede, en sus Escuelas para Graduados y en su Escuela de Educación, la misma o mayor importancia que la Universidad de Columbia, a las Ciencias Sociales en general y a la Sociología en particular. En el presente año, la Universidad de New York ofrecía 25 cursos especiales de esta última ciencia, y hasta 20 cursos distintos de Sociología Educacional o de Psicología Social para profesionales de la enseñanza.

Sería muy fácil repetir la exposición de situaciones análogas a este respecto, en las universidades de Harvard, Pensilvania, Jorge Washington, Carolina del Norte, Chicago y Northwestern, del Estado de Illinois, y en todas las demás que figuran entre las mejores. Se trata de una dirección bien definida y relativamente nueva, impresa a un grupo de estudios superiores en Estados Unidos. Quizás si la página que voy a copiar a continuación, del publicista y sociólogo Harry Elmer Barnes, puesta al frente de su obra *The New History and the Social Studies*, editada en 1925, contribuya a fijar más claramente esa idea.

«Uno de los más notables y prometedores movimientos intelectuales y pedagógicos de tiempos recientes,—escribe Barnes,—ha sido el sólido y perseverante interés por las Ciencias Sociales. Fundamentalmente, él se debe en gran parte a las revoluciones de carácter científico, tecnológico e industrial que han dado origen a la sociedad moderna y creado nuestra compleja civilización contemporánea, la cual exige la intervención de las

Ciencias Sociales para interpretarla y si es posible, para encauzarla y dirigirla. Ninguna otra de las ciencias que tienen por objeto al hombre y sus múltiples relaciones con la sociedad, puede ser más a propósito para explorar y comprender los enmarañamientos de la actual civilización. Y la técnica ideada para adelantar ese entendimiento y dirección de la sociedad, no es aplicable de manera efectiva sino mediante su incorporación en una fase integral de nuestro sistema docente. La comprensión de estos hechos ha inducido, en los últimos diez años, a algunos de nuestros más capaces y progresistas historiadores y sociólogos, a recomendar, con la mayor inteligencia, eficacia y constancia, la implantación de un programa completo de estudios sociales, como el núcleo de la fase más característica de la educación contemporánea.»

Entre los escritores americanos que nos ha sido posible consultar, no hemos hallado una síntesis más comprensiva de esa evolución, a la vez pedagógica y científica. Pero los estudios sociales no se conservan allí en la bruma de la teoría ni de las disquisiciones generales; se aplican a la investigación de los problemas de trascendencia pública y su método predomina siempre en este género de colaboraciones al bienestar común. Cada vez se comprende mejor que no hay ya para la ciencia hechos o problemas exclusivamente económicos, políticos, jurídicos, etc., sino hechos y problemas sociales en toda su amplitud, aún cuando aparezcan revistiendo en particular alguno de esos caracteres.

Pudimos cerciorarnos de que en los ambientes universitarios del Perú, México y Cuba, tales cuestiones empezaban a apreciarse con ese mismo criterio. Aparte de las cátedras de Ciencias Económicas y Políticas, a las que se conceden extensos programas, hay en esos países amplias cátedras de Sociología, destinadas al estudio de la ciencia en general y a su aplicación a los problemas nacionales, conforme con las modalidades de cada uno. No tenemos en Chile todavía igual suerte para la preparación de nuestro porvenir.

Más de una vez se nos hizo notar personalmente, en los Estados Unidos, que la complejidad de la vida moderna en todas sus manifestaciones, causada por el número y la universalización de los factores que la determinan, impone una preparación especial en las ciencias que la estudian a quien quiera intervenir en ella con eficacia y con buen éxito.

Los numerosos individuos que van a adquirir un bagaje universitario en las Ciencias Sociales no tienen, por lo común, una profesión bien deslindada; pero fácilmente se hacen técnicos en materias de administración o de negocios. Aquí pasó,—nos añaden,— la época de los hombres prácticos o improvisados en cualquier servicio de actividad social; sólo una ignorancia, casi siempre dañosa o estéril, puede empecinarse en reconocerles eficacia y en compararlos con el hombre dueño de una capacidad disciplinada científicamente. En Estados Unidos, ningún hombre de éstos se queda en los umbrales; entra al dominio que le pertenece, se impone y prospera. A ellos, sobre todo, debe el país su superioridad.

La Sociología General, como coordinadora de todas las Ciencias Sociales, tiene en Estados Unidos una raigambre de medio siglo y una tendencia propia que la distingue de cualquiera de las escuelas similares europeas. Desde 1883, en que apareció la primera edición de la *Sociología Dinámica* de Lester Frank Ward, hasta ahora, el camino recorrido es vastísimo y el aporte ideológico y teórico de la legión de tratadistas que han seguido las huellas del gran iniciador, es de una riqueza inapreciable.

A pesar de las divergencias de criterio científico, no siempre muy hondas, entre sus continuadores, la posición de Ward se mantiene, en el sentido de poner la Ciencia Social al servicio del hombre y de la especie, para la liberación de sus energías potenciales y la conquista de la felicidad. En la más nueva generación de sociólogos, no faltan voces y actitudes que intenten reaccionar contra el meliorismo practicista de Ward, señalando a la ciencia una finalidad menos inmediata, más general y más independiente de los problemas actuales; pero es el hecho que en las universidades y entre los publicistas, el criterio sociológico realizador y práctico domina casi sin contrapeso.

No pretendemos por ahora entrar en el examen, siquiera fuese somero, del significado y valor de la Sociología Americana, tal y como actualmente se halla constituida. Nuestro propósito se limita a informar acerca del inmenso campo de aplicación que ella abarca y del honroso puesto que en las universidades se le concede.

Como ciencia inductiva y normativa a la vez, ella se basa en la investigación, la cual se refiere a casi todos los problemas colectivos; y es así cómo existe una Sociología Urbana, relacionada con la administración de las ciudades; una Sociología Industrial, que afronta los problemas que su nombre indica; una Sociología Agrícola o Rural; una Sociología Educativa; una Sociología Criminal; una Sociología Doméstica; una Sociología Política; una Sociología Ética, etc. Una copiosa literatura da fe de estas diversas ramas del árbol común.

El progreso de la Sociología en las instituciones docentes superiores, a partir de 1889 en que dos de ellas la incorporaron en sus planes, ha sido comprensivo y rápido. En 1900, esas instituciones eran ya 17; y en 1908 llegaban a 337, entre Colegios y Escuelas de categorías diferentes. Desde entonces el número de cursos y de instituciones en que éstos funcionan, así como la variedad de sus materias y la cantidad de sus estudiantes, no han hecho sino crecer en una considerable proporción. Los aspirantes al grado de maestros o doctores en Sociología, en las Universidades de Columbia y Chicago solamente, fueron 234 en 1916 y 449 en 1928. Todas las demás grandes universidades desarrollan también cursos para graduados en esta ciencia.

En un aspecto más el espíritu norte-americano se manifiesta convencido de la eficacia de las disciplinas teóricas que depuran y orientan el criterio sin una mira de provecho inmediato, y parece que tuvieran la intuición de que no se malgastan ni tiempo ni energía en un aprendizaje

que dice relación directa con los principales factores del bienestar colectivo.

Hemos creído que podrían interesar aquellos números, en un ambiente completamente extraño a esa disciplina científica como aún es el nuestro. No esperamos, sin embargo, que aquí se reaccione muy pronto en el sentido de valorizar este género de estudios, porque estamos habituados a desdeñar toda ciencia normativa que amplíe el horizonte de la mente; pero estamos ciertos a la vez de que el día llegará en que nos convenzamos de la vaciedad de nuestro practicismo.

X I

Llamamos antes la atención hacia las Escuelas de carácter técnico, cuyos estudios se aplican de modo inmediato a las actividades económicas y que las universidades sostienen como miembros vitales de su organismo educacional. Entre esas Escuelas, las destinadas a preparar al hombre de negocios ocupan un sitio importante. Se las suele llamar Escuelas de Comercio; pero más a menudo se les da el nombre de Escuelas de Negocios, que les cuadra mejor por la amplitud de sus cursos.

Los establecimientos más poblados de esta especie, en New York, Filadelfia y Chicago, se dividen en numerosas secciones o departamentos, cada uno de los cuales corresponde a una especialización. Miles de estudiantes de ambos sexos frecuentan diariamente estas Escuelas y se reparten en las secciones respectivas, dentro de horarios completos, matinales, vespertinos o nocturnos.

Los métodos de estudio varían, como se comprende, desde la High School y el Instituto Tecnológico hasta la Universidad; pero esa variación se desenvuelve sobre un mismo plano, que es siempre el trabajo personal del alumno en cada una de sus asignaturas y la especialización bien definida a que éste se encamina en el conjunto.

En la Escuela Universitaria, cuatro vías principales sigue el aprendizaje: 1.º La explicación oral del profesor, que es siempre breve, sobre una determinada materia; 2.º El trabajo de consulta y de composición del estudiante sobre el mismo tema, con arreglo a las indicaciones del profesor; 3.º La investigación original, del estudiante también, en el laboratorio, el gabinete o la biblioteca del seminario correspondiente al curso; y 4.º La elaboración de proyectos, reales o ficticios, pero susceptibles de ser realizados, que el profesor propone como tareas comunes relacionadas con su clase. Todos los alumnos participan en la ejecución, en el examen y en las críticas de esos proyectos.

En los grandes centros industriales y comerciales de los Estados Unidos, sucede con frecuencia que una empresa solicita de la universidad un proyecto de control o de organización de determinados negocios y ofrece poner a disposición de quienes se encarguen de formularlo todos los elementos que se necesiten. La dirección universitaria pasa la soli-

cidad a la sección correspondiente, donde el profesor de la especialidad requerida, en unión de sus alumnos, se encarga de preparar la obra.

Naturalmente, el proyecto sale, con el concurso de todos, y el profesor recibe el honorario que el comerciante o industrial cree que debe pagar por el servicio. Mientras tanto, los estudiantes han practicado sobre el terreno de la realidad. Es cierto que las universidades merecen esta confianza porque, como antes hemos dicho, viven preocupadas de ponerse en contacto con las exigencias sociales y económicas que se van produciendo a su alrededor,

Las especializaciones en los negocios son realmente innumerables. Vamos a citar sólo algunas entre las que tienen carácter más general.

1) Economía Comercial, que se extiende también a la organización de empresas industriales.

2) Finanzas, tanto nacionales como extranjeras. En el Seminario de la Escuela de la Universidad de Nueva York nos obsequiaron un folleto que contiene un estudio muy claro sobre el estado financiero de Chile en 1928.

3) Banca; el curso comprende toda clase de instituciones de crédito y principalmente el cambio y los bancos internacionales.

4) Seguros.

5) Derecho Comercial.

6) Contabilidad, en toda su amplitud y en sus diversas aplicaciones.

7) Actuariado, con un gabinete o laboratorio, como allá lo llaman, de la más completa documentación comercial.

8) Arte de anunciar, especialidad a la que se concede un enorme desarrollo, proporcionado a su importancia.

9) Geografía Económica.

10) Estadística.

11) Compra y Venta de mercaderías.

12) Comercio al Detalle, con especialización relativa a variados artículos.

13) Arte de Vender.

14) Exportación.

15) Transportes.

La enumeración dista mucho de ser completa; pero nos parece que ella basta para formarse concepto acerca de la manera cómo en Estados Unidos se valoriza y se comprende la preparación del hombre de negocios.

Entre esas especializaciones comerciales, una de la más atendidas es la que se refiere al comercio de exportación, basado en los mejores métodos de estudio para adquirir cabal conocimiento de los mercados exteriores. Eso procupa intensamente; y las universidades han lanzado ya multitud de expertos con preparación suficiente en tales materias.

No nos imaginamos aquí la observación y exploración atentas de que son objeto los países sudamericanos, por parte de hombres técnicos en el estudio de todos los factores de índole política, social y económica

que determinan o que condicionan una situación comercial. La mayoría de esos hombres procede de Norte América y no ha sido ajena a la enseñanza universitaria que habilita para una comprensión acertada de tales factores.

Aún la diplomacia ha llegado a tener nuevos cánones de factura sociológica y económica también. Funciona en Washington, dependiente de la Universidad de Georgetown, la Escuela de Servicio Exterior, que aspira a dar una preparación completa, a lo largo de tres y hasta cinco años de estudio, para el mejor desempeño de las funciones de un representante de Estados Unidos en las naciones extranjeras.

Conocimos la organización de esa Escuela, única todavía en su género; y lo menos que de ella podemos decir es que corresponde ampliamente a sus fines. El director, que es uno de los intelectuales más prestigiosos de Washington, nos explicó su punto de vista del modo siguiente:

«Terminada la gran guerra, la posición internacional de los Estados Unidos cambió trascendentalmente: de potencia americana pasó a ser potencia mundial y, en consecuencia, comprendimos que su comercio y su influjo exterior, junto con el rápido crecimiento, experimentarían modificaciones considerables en sus métodos y en sus objetivos. Esta nueva situación reclamaba hombres nuevos que supieran afrontarla y servirla. Era a la vez una misión cultural y patriótica prepararlos debidamente en la Universidad. Con ese propósito abrió sus cursos, en 1919, la Escuela de Servicio Exterior.

«Para atender a las exigencias surgidas en las relaciones políticas y económicas del mundo actual, la Escuela canaliza el estudio de las ciencias pertinentes, en el sentido de crear nuevas profesiones universitarias; porque ya no es posible, dadas la extensión y la complejidad de la vida internacional presente, dirigir con acierto los negocios de esta índole, sin el auxilio constante de la ciencia. Y esto, que conviene en particular a los Estados Unidos, parece que por lo menos le conviene a todo país tenerlo en cuenta.»

No necesitaba nuestro interlocutor ser más explícito para que comprendiéramos el alcance de su pensamiento. Por desgracia, nada de todo eso será posible que penetre todavía en la mentalidad de nuestro país. Pensamos siempre que todo se improvisa al calor de las circunstancias, hombres y situaciones, y no se nos ocurre que pueda existir ningún género de previsión científica. Claro está que muy poco nos incumbe hacer de lo que en aquella gran república se hace en el sentido indicado; pero a lo menos, algo análogo pesa sobre nosotros y por insignificantes que relativamente seamos como nación, tenemos cuantiosos intereses que cautelar y nuestras relaciones comerciales se extienden también a todo el mundo.

XII

La universidad no ha terminado sus funciones con impartir una enseñanza científica en los cursos regulares de sus escuelas. Los Cursos de Verano, breves, de cinco semanas generalmente, en julio y en agosto, le proporcionan ocasión de atraer a sus aulas multitud de gentes, casi todas adultas, que van allí a perfeccionarse en una materia que es de su interés o de su gusto y a ponerse en contacto con la más elevada cultura. Los cursos presentan una variedad desconcertante, conforme a los programas que hemos tenido a la vista, y son millares de personas quienes los aprovechan.

Pero el Departamento de Extensión difunde entre los adultos, más ampliamente todavía,—porque lo hace todo el año,—las ciencias que se cultivan en la universidad, a veces hasta con sus aplicaciones caseras. Es frecuente ver, en las estaciones de los ferrocarriles urbanos, afichados en grandes caracteres y con figuras llamativas, los cursos de conferencias sobre alimentación o sobre la fabricación doméstica de determinada sustancia, al lado de otros cursos, que también se anuncian, sobre ética o filosofía.

La extensión cultural y la reeducación del adulto preocupan a las autoridades docentes de todos los Estados; y en la mayor parte de ellos esas iniciativas extra-escolares obedecen a un plan bien concebido, en cuya ejecución participan todos los establecimientos de enseñanza, tanto de la ciudad como del campo, porque también se prevé con dedicación a las exigencias de la vida rural. En esos planes, a la universidad le corresponde un aporte valioso de permanente acción; y no oímos que lo rehuieran ni sus directores ni su profesorado.

Llama a primera vista la atención la naturaleza de esos cursos, que en su gran mayoría se refieren a la manera de ejecutar mejor ciertos trabajos de la vida cotidiana, con arreglo a las aplicaciones de las ciencias especiales. Se desciende hasta los menores detalles acerca de la curación de la enfermedad de una planta, o el preparado de un desinfectante contra insectos dañinos, o el procedimiento más económico para producir un artículo cualquiera de uso común; todo cuanto pueda interesar a un público relativamente numeroso entra a ser materia de un curso universitario de extensión, con las demostraciones prácticas más asequibles a la mentalidad vulgar. Es una forma de cooperación a la economía del pueblo, que en el sentir de sus organizadores redundará siempre en beneficio colectivo.

No siente la universidad deprimirse el decoro de sus aulas, ni menoscabarse el prestigio de sus maestros, porque lleva a las masas incultas o poco letradas un eco de sus doctas preocupaciones, aplicable a la vida ordinaria y a los intereses más inmediatos del gran número. Al revés, considera que se trata de una misión social que está obligada a cumplir; porque la ciencia se debe a la vida que se expande a su alrededor, porque

el fin último de la ciencia consiste precisamente en mejorar la condición humana y porque las clases inferiores no se excluyen de la solidaridad que vincula a todos los habitantes del país. El saber en cualquiera de sus formas debe irradiar como la luz del día y ser en la medida de lo posible un patrimonio común de la especie. A la universidad le incumbe distribuirlo, porque ella es su depositaria y guardadora, y ella también la encargada de acrecentarlo.

XIII

Hubiésemos deseado dar una idea, aunque fuese sumaria, de la vida atrayente en una universidad de Norte América, atrayente tanto para los profesores como para los alumnos; sobre todo en alguna situada en el aislamiento del campo, donde los pabellones de trabajo y estudio se alternan con residencias pintorescas, bajo la sombra de grandes árboles que parecen invitar a la meditación y a la quietud después de las horas de labor intensa.

Desistimos de hacerlo, sin embargo; porque nuestro tiempo para la observación fué allí muy breve y porque más de una vez entre nosotros esa vida ha sido descrita en términos que no lograríamos igualar, recogidos en libros interesantes, sobre todo en alguno de don Enrique Molina. Pero siquiera una consideración vamos a permitirnos con respecto al asociacionismo que caracteriza la actividad de aquellas universidades.

Sabido es que los estudiantes forman allí, como lo han hecho antes en las escuelas de grado inferior, muchas sociedades y clubs, con objetos deportivos, recreativos o simplemente culturales. Entre esas instituciones, hay algunas de mayor significación y estabilidad, que se denominan *Fraternities*, o sea, fraternidades o hermandades, destinadas a vincular a sus miembros durante los estudios y después en la vida. No ingresan en ellas todos los estudiantes, algunos por falta de recursos, otros por taras de conducta que sus compañeros estiman de cierta gravedad; pero, en todo caso, ingresan los mejores y a veces el mayor número de los que pertenecen al mismo año o grado. Tal asociación dura, por lo común, la vida entera de sus miembros y contribuye a mantener latente la comunidad espiritual con el «alma mater» de su universidad.

A la importancia de esas asociaciones aludía en cierta ocasión un profesor yanqui, conocedor de los sudamericanos, hablándonos risueñamente de la diferencia principal, según él, en el carácter de un anglo sajón y un latino. « Cuando entre ustedes, nos decía, un hombre va prosperando o subiendo por sus propios esfuerzos, los demás se le cuelgan de la casaca para ver modo de impedirle la ascensión; y ese hombre se malogra. Al revés, cuando uno de nosotros empieza su ascenso merecido, los demás le empujamos hacia arriba; y ese hombre se aprovecha. Esto es en mucha parte el resultado de la fraternidad estudiantil de que ustedes carecen».

No supimos discernir con exactitud si, en tal caso, nuestro psicólogo

amigo confundía el efecto con la causa, o sea, si el espíritu de asociación no era más bien el efecto y no la causa de esa tendencia cooperativista que predomina en el americano del norte. Pero a poco andar tropezamos con uno de los tantos libros, más o menos superficiales, que allá se escriben con el título de *Historia de la América Latina*. El autor traía por ahí una observación de su propia cosecha.

Las frecuentes revoluciones a que están expuestas las repúblicas del Sur, decía, se deben en gran parte a que en sus establecimientos universitarios no existe la institución de la *fraternity*. Por esta causa sus políticos, que casi siempre tienen cultura universitaria, no se conocen de antemano entre sí ni se aprecian, y están dispuestos a reñir por cualquiera cosa.

La explicación es bizarra, sin duda; pero hace pensar. Como quiera que sea, parece evidente que esa vinculación al «alma mater», a la madre común que plasmó los espíritus en los años de la ilusión y de las flores, alguna influencia superior ejerce en los destinos de la gran república; en todo caso, aunque no la ejerciera, siempre sería justa y noble, y merecería la veneración con que se le recuerda.

A lo largo, en efecto, de toda la vida los sentimientos de compañerismo entre los egresados de una misma universidad se conservan latentes y la gratitud hacia su «alma mater» es un lazo de parentesco espiritual que los une y a menudo los asocia en sus empresas; pero esa gratitud alcanza todavía una más amplia significación. El crecimiento de las universidades es en gran parte el resultado de la liberalidad de sus ex-alumnos, quienes se consideran deudores a ellas de los buenos éxitos logrados en su labor profesional y les rinden sus ofrendas de oro para costear nuevas fundaciones que acrecienten la capacidad de esas aulas en que algo suyo quieren que se perpetúe, aunque sólo sea su nombre.

Hacia el «alma mater» acuden de cuando en cuando hasta los viejos *fellows*, para concurrir a alguna fiesta anual de amistosas expansiones y de reminiscencias ya lejanas, donde el regocijo y la emoción de los encuentros deseados traen a los rostros que se reconocen una brisa cálida de juventud. Se juegan las partidas de antaño y se hace esfuerzo para responder a las ágiles actitudes pasadas; y aunque ello sea en vano, no por eso el espíritu de cada uno deja de vibrar con el del compañero en una animación conmovedora.

La universidad es siempre la madre que acoge a sus hijos dispersos, a sus hijos que la aman y la ayudan, que de ella se sienten honrados, que a su vez cumplen el deber de honrarla y que allí están para contribuir a su progreso y para defender los ideales con que acarició sus frentes altivas en la edad de la promesa y del impulso.

¡Cuánta diferencia, realmente, con nuestras universidades clausurales, ceñudas y frías, donde el joven se siente como extraño y apenas si traba una amistad sincera; donde, concluidos los estudios, sobrevienen las jornadas del trabajo y con ellas el olvido del aula que nos

preparó para la acción; donde nada ni nadie conspira a unir los corazones y a mantenerlos vinculados con el común hogar del espíritu; donde, por fin, no hay sentimientos, idealidades ni deberes que nos permitan reconocernos, amarnos y cooperar juntos a la noble agencia de cultura que nos obsequió el patrimonio de que disfrutamos!

Cosas de nuestra América española, de nuestro individualismo tradicional, sin control ni horizonte ninguno que no sea nuestro propio miedo; individualismo terco y egoísta, cerrado a toda expansión colectiva, que nos oprime férreamente y que concluirá quizás por estancarnos en un redondel, mientras el resto del mundo va adelante.

XIV

En el pueblo norteamericano y particularmente en sus clases directoras, existe el convencimiento de que la educación, en todos sus grados y en todas sus fases, constituye la más indispensable y la más elevada forma de servicio social; sobre su estructura descansa el andamiaje entero de las instituciones del país; y ninguna actividad se desarrolla sin el concurso inmediato de las disciplinas que ella envuelve y de los conocimientos que ella imparte. Los filósofos, los publicistas y los hombres de Estado coinciden en ese principio, que es como una fé nacional situada por encima de las confesiones religiosas y de los partidos políticos. Nadie osaría hoy desconocerla ni mucho menos ultrajarla. La educación es y debe ser la función social por excelencia.

Concepto tan categórico sobre la eficacia y el valor de la escuela: desde el kindergarten hasta la universidad, no data de hoy solamente, es ya antiguo y sin necesidad de ir al encuentro de los peregrinos del *May Flower*, lo hallamos en casi todos los grupos de colonos ingleses que llegaron a plantear sus tiendas en este lado del Atlántico. Pero la aplicación de tal concepto no se viene realizando en toda la extensión de la república sino desde hace aproximadamente un siglo; y fué desde entonces cuando la nueva fe empezó a echar las raíces tan profundas como indestructibles que ahora la sustentan y la afianzan.

Durante nuestra permanencia en New York, el diario de más vasta clientela anunció cierta vez en grandes caracteres la proposición de un filantrópico prohombre norteamericano, para destinar a la difusión de la enseñanza primaria, entre los pueblos de más baja cultura, los trescientos millones de dólares que anualmente recibía el erario de los Estados Unidos por intereses de la deuda de guerra colocada en diversos países de Europa. El diario ridiculizaba la idea con una caricatura a toda página, en la cual aparecía un maestro yanqui vestido a la usanza que es tradicional, haciendo una clase a una porción de niños hotentotes, desarrapados y desnudos, con el aire estúpido que imprimen los labios caídos y las orejas desmesuradas. En un extremo del cuadro se advertía la

presencia de una multitud de niños rubios, harapientos y escuálidos, mezclados con los puercos, en el más lamentable abandono.

Se protestaba en seguida de que el buen señor proponente, al pretender que se ayudase a la educación de pueblos extraños, olvidara que había en los Estados Unidos cinco millones de analfabetos, aproximadamente el 5% del total de la población, lo que constituía una vergüenza nacional que a todos debería tener abrumados. Fué, por cierto, para nosotros una ocasión más de recordar a nuestro pobre país, donde queda a la puerta de la escuela un 50% de la población en estado y con derecho de forzarla; y nadie se avergüenza por tan poca cosa... ¡Cuestión de latitudes!

El criterio que inspiraba aquella proposición a un tiempo con la protesta consiguiente, era uno mismo sin embargo. De una parte se deseaba invertir una gruesa suma de dinero que la nación percibía como fruto de circunstancias desgraciadas, en una obra de filantropía, con beneficio evidente de la cultura universal, y de otra parte se recordaba que esa munificencia sentaba mejor aplicada al propio país, tal vez por aquello de que la caridad empieza por casa. Pero en ambos casos se reconocían la conveniencia y la bondad de la inversión y sólo se discrepaba en cuanto a los beneficiarios.

Traemos este hecho a la memoria para que se comprenda con mayor claridad el espíritu que anima al norteamericano cuando afronta un problema educacional. La idea que entonces prevalece en su mente es que la educación significa un bien de que deben participar todos los seres humanos, el principal de todos los bienes, el supremo bien. En consecuencia, la mayor desgracia para un individuo o para una colectividad es no haber logrado adquirirla, siquiera sea en el más elemental de sus grados.

Como disciplina orientadora, como fijación de los hábitos de sociabilidad, como sugerencia cívica, como entrenamiento técnico, como difusión de verdades, como emancipadora de conciencias, como instrumento para nuevas adquisiciones en el dominio del saber, como alma de una raza y fuente perpetua de vida, la educación sistemática es el único medio de mejoramiento humano y de grandeza colectiva. A ella sola hay que vincular en última instancia los anhelos de felicidad para el individuo y para la especie, y en ella sola hay que poner las llaves del estado social del porvenir. Tal es, en síntesis, dentro de aquel país, el dogma nacional.

Criticaba Taine a la filosofía prerevolucionaria del siglo XVIII la excesiva confianza que había difundido entre las clases directoras, acerca del poder renovador y la capacidad de perfeccionamiento inherentes a lo que entonces se llamaba «las luces», para redimir a las masas laboriosas de su miseria física y moral, hasta el punto de hacer creer que bastaría la adquisición de una mediana cultura para que cada individuo tuviese asegurada su dicha. Procedería entonces en sus actos con el dominio completo de sí mismo, guiado por la sana razón, y hallaría en la sociedad cuanto hubiera menester para estar satisfecho de la vida. Bien sabido

es que este concepto hizo su época, no por erróneo en sus bases como se ha pretendido demostrar, sino por su exclusivismo y su insuficiencia; però dejó tras de sí una fértil huella en que han ido a espigar otras doctrinas.

Esa fe del siglo XVIII no ha sido extraña, por cierto, a la fe nacional esparcida en Norte América durante el siglo siguiente. Pensadores de merecida influencia como el sociólogo Ward, han situado la vida espiritual en la más alta escala de los valores humanos; y para llegar a ella no han descubierto otro camino que el de la educación, universalmente extendida entre todos los individuos de la especie y dotada de un contenido rigurosamente científico. Posesionarse del saber adquirido y acrecentarlo con el descubrimiento de nuevas verdades: he ahí la misión de la escuela, desde su primera etapa hasta el laboratorio de la universidad.

La ciencia conseguirá por fin curar todos los dolores humanos y remediar todas las miserias. Ella no consiste sino en arrancar a la naturaleza sus secretos, para ponerla más ampliamente cada vez al servicio del hombre. Sus elementos, sus fuerzas, sus tesoros han ido pasando a poder del hombre en un proceso de predominio incontenible, desde las cavernas del troglodita hasta los talleres milagrosos de un Edison; y así ha de continuar indefinidamente, en el espacio y en el tiempo, esa conquista del espíritu sobre la materia, hasta que el cosmos se entregue rendido al pensador y al sabio, para el pleno disfrute de la humanidad.

Dueño el hombre del planeta y de todos sus recursos, mediante los progresos de la ciencia, otro estado social surgirá, más benéfico, más justo, más amable que el presente; y dentro de él cada individuo obtendrá el máximo de bienestar a que lo hagan acreedor sus aptitudes. El edén bíblico tendrá en esa era por espacio el mundo. Como se ve, hay algo de mesiánico en este supremo ideal de la ciencia. El puritanismo pone en él además mucho de su fervor; y como concepción ética participa sin duda del fondo religioso de la intelectualidad norteamericana.

No se concibe allí realmente que un descubrimiento cualquiera o un matiz nuevo en que pueda presentarse lo ya conocido, quede sepultado en el gabinete particular del estudioso para su propia satisfacción. No. Es deber de conciencia decirlo, proclamarlo, ponerlo al alcance del gran número y someterlo al juicio de los doctos. Toda idea nueva es fecunda en beneficios generales de relativa importancia y es siempre el fruto de la colaboración social en el adelanto de la ciencia. Debe, por consiguiente, esparcirse e ir a integrar el patrimonio común para que sea aprovechada. El saber no tiene por objeto el saber mismo, sino servir, ser útil en su mayor amplitud. La ciencia carece de sentido si no se la conecta con la vida, si no se la aplica a la satisfacción de alguna necesidad, si no se la humaniza totalmente. Sólo a ese título es un gran bien y el mayor de los bienes.

En último análisis, la educación consiste en entregar a las generaciones nuevas el patrimonio científico acumulado por las generaciones

pasadas y que está usufructuando la presente, para que aquéllas a su vez puedan transmitirlo a las venideras. Su deber es no sólo conservarlo sino además acrecentarlo. Por eso cuanto la educación gane en extensión y profundidad redundará en provecho actual y futuro para todos los que de ella participen. En su ideal de mejoramiento colectivo, Ward va hasta propiciar la transformación de los templos en escuelas de irradiación científica y auspicia el día en que la educación universalizada permita el surgimiento de todas las capacidades superiores en cualquier parte del planeta, para la colaboración en el avance de la verdad experimental y de la justicia humana.

El ilustre pensador no está solo en esta gran cruzada de bien público; lo acompaña la intelectualidad de su país en las diversas manifestaciones del pensamiento hablado y escrito; hace ya medio siglo que él fué uno de los más fieles intérpretes de esa elevada aspiración; y en la muchedumbre del pueblo el ambiente es cada día más favorable para la misma idea. Ya no se trata de una batalla ganada sino de una conquista adquirida; y es así cómo la educación concreta allí la suma de todos los valores.

XV

Delante de aquel complejo mundo de actividad tan múltiple e intensa, uno se siente al llegar como desconcertado y aturdido; y ese estado de ánimo es aún más inquieto cuando se penetra en los establecimientos escolares, de formas tan distintas de las nuestras y de proporciones no sospechadas. La comparación con lo propio del país viene entonces espontáneamente a la memoria y es difícil realizar una inspección despreocupada y de estricto rigor objetivo. Sin embargo, a poco andar la calma sobreviene y ya no es la comparación con lo de nuestra tierra lo que más nos absorbe sino el interés por explicarnos los medios y recursos de que ha debido echar mano aquella poderosa colectividad para conceder a la educación el vastísimo espacio y el afanoso desvelo que por todas partes uno advierte.

Sin duda, la formación social de los Estados Unidos, su rápido crecimiento, sus riquezas incomparables, su régimen político, la inmigración creciente durante muchos años, su concepto de la nacionalidad, su espíritu religioso, el carácter de la raza, la vida de familia, la naturaleza de sus industrias, su expansión exterior y multitud de otros factores de diversa índole, entran en juego y se combinan para ponernos en el camino de una explicación suficiente; pero por sobre todo eso está la trabazón constante e íntima entre las exigencias sociales más premiosas y la calidad de la función educacional llamada a satisfacerlas. Cada una de esas exigencias, sea económica, espiritual, política o de alguna otra especie, halla su órgano de expresión, luego se transforma en necesidad pública y va a repercutir en el plantel docente para interesarlo en su reclamo y concluir por incorporarse a él como una de sus ordinarias atenciones. Así han

nacido y prosperado los tipos y ramificaciones escolares, hasta adquirir una variedad indefinible.

Los problemas educacionales han venido, pues, a ser allá más de calidad que de cantidad; cuestión de métodos y especializaciones para obtener del funcionamiento escolar, en cualquiera de sus grados, el máximo de eficiencia en vista del objeto que mediante él se persigue. Trátase de un servicio social de crecimiento y expansión, a base de un nivel medio de cultura que se extiende a toda la masa y que a cada uno de sus individuos coloca o propende a situar ante oportunidades equivalentes. Las condiciones raciales no ofrecen obstáculos insubsanables para mantener esa uniformidad en el punto de partida, ni la libre opción a los más altos puestos conforme a las aptitudes personales y a las circunstancias.

Esta generalización comprende aún a los negros, respecto a sus propios negocios y a los Estados en que están en gran número, ya que ellos componen una población que en buenas cuentas sólo tiene de común con la blanca el territorio que habita, la nacionalidad de que forma parte y la convivencia económica que estos mismos hechos determinan. Es evidente que la escuela del negro presenta modalidades y da origen a problemas que le son propios; pero eso no constituye en la gran masa blanca una preocupación que la distraiga de los asuntos de su particular interés. Los problemas educacionales suyos son los únicos a que reconoce una trascendencia nacional.

De muy distinta manera que en aquel país han surgido fundamentalmente estos mismos problemas en el nuestro. Con una población escasa, dentro de un territorio de cortas dimensiones también, la gerarquización social derivada del cruzamiento de dos razas de muy desigual sangre y cultura, nos ha colocado en una posición especialísima que obliga a hacer obra de amplitud civilizadora antes que de perfeccionamiento cultural. La masa del mestizaje que constituye nuestro pueblo, carece de los hábitos sociales y de la mentalidad comprensiva que distinguen a los hombres del occidente de Europa, a quienes la debemos asimilar en aptitud consciente y en energía productora. Una tarea de esta especie corresponde a la escuela primaria; pero a una escuela efectivamente universalizada dentro del país, a una escuela típica suya, más bien de actividad manual que intelectual, conforme al desenvolvimiento psíquico que alcanza el sujeto llamado a frecuentarla. Todo lo contrario es exactamente cuanto hacemos. Nutrimos un cerebro de asimilación retardada y no disciplinamos el músculo en pleno vigor.

La imitación de lo europeo nos ciega en este caso y no nos permite ver lo que la realidad nos presenta a la vista, la enorme diferencia de un pueblo a otro pueblo, de una raza a otra raza; y en cuanto al pueblo norteamericano, más aún, por la evolución armónica y acelerada que lo singulariza. Lo mismo ocurre en las etapas media y superior del organismo docente, remedos de sistemas extraños, sin adaptaciones adecuadas, dentro de una sociedad en formación y sobre un territorio casi en abandono.

Resultado: cultura, bienestar y hasta opulencia en un pequeño núcleo; pobreza y miseria en la generalidad. Nuestra educación no se encuadra a las exigencias más notorias de la colectividad que tiene el deber de servir. He ahí el origen de su ineficacia y de su desorientación; y he ahí también el hondo e insoluble problema. No hemos querido preguntarnos de qué manera viviremos mejor nuestra propia vida, con nuestros propios recursos y para beneficio de todos.

El mal de Chile es el mismo de Sud América, y lo es aún de la del Norte hasta México, de todo este mundo indolatino, con factores de mayor gravedad en muchos de sus países, donde la existencia de grandes aglomeraciones indígenas, todavía en estado de semi barbarie, y de razas y mezclas de color, complica el problema a tal punto que llega por ahora a ser inextricable. Mayor motivo entonces para que le dediquemos una atención aguda y persistente, porque tiene un carácter vital y porque cuanto más lo posterguemos se hará tanto más difícil y más peligroso.

Ni los Estados Unidos ni ningún país europeo pueden ofrecernos una solución hecha; sus hombres, por bien que nos estudien, no comprenden nuestra modalidades y nuestra idiosincrasia; para comprenderlas se requiere más que la percepción el sentimiento; ellos no sienten como nosotros el amor a la tierra y a la raza, que nos solidariza con el pasado, nos identifica con el presente y nos anuncia las promesas del porvenir. Pero si no pueden darnos soluciones hechas, en cambio pueden sugerirnos notables vías de aproximación; su campo de experiencias está a nuestro alcance y torpes seríamos si no lo aprovechásemos.